



HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 276 - Julio 2026

Sed amigos de Dios



Es por la obediencia que se da todo

Debo apartar, rechazar todo razonamiento que me oprima, me perturbe, me impida unirme a Nuestro Señor. Hace varios meses que me pide lo mismo: dulzura para con Él y para conmigo misma, confianza, apertura, alegría. Por exceso de buena voluntad, he sido infiel a Nuestro Señor en este punto.

Obedecer ciegamente, de corazón y de voluntad. Obedecer tanto más la palabra de dirección cuanto menos la comprenda. Esto es difícil, sobre todo cuando me parece que debería hacer precisamente lo contrario.

Pero ése es el camino que se abre enteramente ante mí. No debo, pues, empeñarme obstinadamente en querer pasar por una ventana cerrada. Por esta obediencia lo daré todo a Nuestro Señor, renunciaré por completo a mí misma, abando-

nando sin reservas la riqueza de mi voluntad, de mis propios juicios.

Y si quiero ser generosa en esta lucha, no me limitaré a rechazar aquello que me oprime, me detiene, me perturba; iré al encuentro de aquello que me engrandece y me llena de alegría. Entre dos pensamientos que se presenten a mi espíritu, elegiré el que me fortalezca.

No discutir; creer firmemente, sin dudar. Obedecer enteramente. «Quien pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 16, 25), dijo Nuestro Señor. Dar la vida, el alma, es entregar por completo a Nuestro Señor aquello que Él pide por medio de la obediencia.

UNE ÉPOPÉE DE VAILLANCE.

La Servante de Dieu Sœur Eugénie Joubert.

Liège: Saint-Gilles, 1927, pp. 46-47.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XXIV, nº 276, Julio 2026

Director Responsable:

Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:

Severiano Antonio de Oliveira;

Silvia Gabriela Panez;

Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:

Guatemala

27 av. 2-36 Bajada a Colonia San Lázaro,
zona 15, frente Apartamentos Las Pilas.

Tels: (502) 2246-0000

mailing.admongt@gmail.com

El Salvador

Calle el Picacho, No 27,

Sierras de Santa Elena. Antiguo Cuscatlán.

Tel: (503) 2278-4542

salvafat@gmail.com

Los artículos de esta revista podrán
ser reproducidos, indicando su fuente y
enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad
de los respectivos autores.

SUMARIO

➤ PREGUNTAN LOS LECTORES..... 4

➤ EDITORIAL

¿Dónde encontrar la verdadera amistad?..... 5

➤ LA VOZ DE LOS PAPAS

Él quiere ser nuestro Amigo..... 6

➤ LA LITURGIA DOMINICAL

La virtud de los grandes..... 8

La grandiosa jerarquía de la creación..... 9

Divina paciencia, justicia absoluta..... 10

Un tesoro transformador..... 11

➤ TESOROS DE MONS. JOÃO

La verdadera amistad..... 12

➤ TEMA DEL MES – AMISTAD ESPIRITUAL

Un solo corazón y una sola alma..... 16

Dime con quién andas..... 20

➤ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?

La adulación: ¿un pecado?..... 23

➤ ENSEÑANZAS BÍBLICAS

Delicada flor de las relaciones humanas..... 24

➤ SANTO TOMÁS ENSEÑA

¿Qué es más meritorio: amar a un
enemigo o a un amigo?..... 27

➤ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS

La alegría de hacer el bien..... 28

➤ ESPLENDORES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

Una pizca de sal en la dulzura de vivir..... 32

➤ VIDAS DE SANTOS

San Elías, profeta – El Ígneo..... 34

➤ DOÑA LUCILIA –

LUCES DE UNA MATERNAL INTERCESIÓN

Madre incondicional..... 38

➤ HERALDOS EN EL MUNDO..... 42

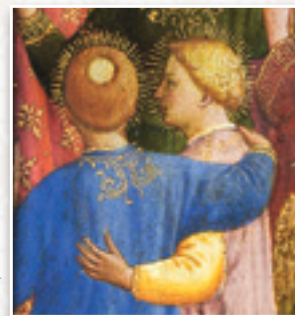
➤ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA

Con aroma de vino y de guerra..... 46

➤ ¿SABÍAS..... 49

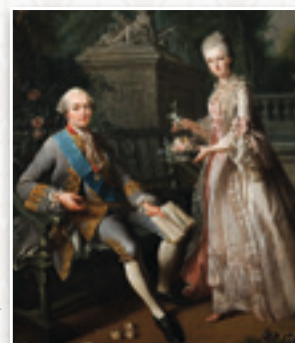
➤ TENDENCIAS Y MENTALIDADES

El silencio, fuente inagotable de armonía... 50



Reproducción

12 El secreto de una amistad
sincera y duradera



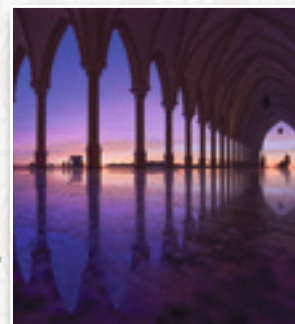
Reproducción

32 Cuando la cortesía se unía
al ingenio



Reproducción

34 Alma de fuego, cuyo brillo
no conoció ocaso



Santiago Vieto

50 Silencio no de palabras, sino
de pasiones desordenadas

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

¿Cuál es el verdadero significado de Hechos 17, 24?

Waldir Ramiro – Vía correo electrónico

El versículo de los Hechos de los Apóstoles que suscita la duda en cuanto a su interpretación es el siguiente: «El Dios que hizo el mundo y todo lo que contiene, siendo como es Señor de cielo y tierra, no habita en templos contruidos por manos humanas».

En primer lugar, hay que comprender el contexto del pasaje en cuestión. San Pablo se encontraba en el Areópago de Atenas. Como eximio evangelizador, no podía, ya al comienzo de su discurso, denunciar los errores de los griegos; era necesario, ante todo, conquistar sus corazones.

San Beda (cf. *Super Acta Apostolorum expositio*, c. xvii) comenta que el Apóstol de los gentiles procedió de forma gradual: primero, explicó que solamente Dios es el Creador del mundo; luego, combatió abiertamente la creencia en la idolatría; por último, enseñó que Dios, a cuya imagen y semejanza fue creado el hombre, no debe ser medido por el valor de los metales. A pesar del esfuerzo de San Pablo, la mayoría de los atenienses rechazó su mensaje; sólo «algunos se le juntaron y creyeron, entre ellos Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más con ellos» (Hch 17, 34). Así, la semilla del Evangelio fue plantada.

En el caso que nos ocupa, el Apóstol se hace eco de las palabras del rey Salomón el día de la dedicación del Templo de Jerusalén: «Los cielos y los Cielos de los cielos no pueden contenerte, ¡cuánto menos este templo que yo te he erigido!» (1 Re 8, 27).

Santo Tomás de Aquino, con una lógica y una claridad sin igual, explica que el culto exterior a Dios es efectivamente

necesario. Ahora bien, como los hombres están dotados de cuerpo, su culto también ha de estar provisto de materia física; por eso, lo llevan a cabo en un sitio concreto: el templo. De esta manera, rinden mayor reverencia a Jesucristo, tanto en su divinidad como en su humanidad. Además, en los sagrados recintos, las oraciones resultan más dignas de ser escuchadas. Para el Aquinate, es menester igualmente que existan especiales tiempos, lugares, vasos sagrados y ministros para el culto divino, a fin de reverenciar mejor a Dios (cf. *Suma Teológica*, I-II, q. 102, a. 8).

Vale la pena recordar que cuando el Niño Jesús tenía 12 años y se había perdido de sus padres, María y José lo buscaron angustiados y «a los tres días lo encontraron en el Templo» (Lc 2, 46). Al comienzo de su vida pública, Nuestro Señor advirtió: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Jn 2, 19), refiriéndose al «templo de su cuerpo» (Jn 2, 21). Por su parte, San Lucas describe que, poco antes de someterse a la Pasión redentora, Jesús «estaba durante el día enseñando en el Templo, pero de noche se marchaba y pernoctaba en el monte llamado de los Olivos. Y todo el pueblo madrugaba para venir en su busca a escucharlo en el Templo» (Lc 21, 37-38). Por un misterio insondable, el propio «Templo de Dios» —Cristo— quiso manifestarse de una manera especial en el templo material.

De manera sublime, cabe aún afirmar que la Madre de Dios también fue templo para el Niño Jesús. Ella lo concibió por obra del Espíritu Santo y acogió en su seno a aquel a quien los Cielos no pueden contener... ✠



Suscribase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG



Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano



¿DÓNDE ENCONTRAR LA VERDADERA AMISTAD?

Todo hombre, ser social, quiere tener amigos. Están los de la infancia, los del trabajo, los que comparten los mismos intereses, pero también los de ocasión y los falsos... La revolución contemporánea ha ideado además los amigos «virtuales», forjando relaciones despersonalizadas entre «influenciadores» y la masa de «seguidores». Pero ¿son estos últimos amigos de verdad?

La respuesta es negativa, por varias razones. Ante todo, la amistad, en su concepción clásica y cristiana, exige trato y proximidad física, algo que no ocurre en el caso que nos ocupa. Una amistad auténtica tampoco puede extenderse a múltiples individuos, porque el amor, aunque universal por su benevolencia, es exclusivo por su intimidad. Las relaciones cibernéticas también se revelan efímeras, lo que contradice la esencia de la amistad: su perpetuidad. De hecho, una amistad que parece ni siquiera llegó a comenzar...

Aun lejos de los entornos digitales, es difícil encontrar amistades libres de sentimentalismos egoístas, de camaraderías mundanas o de frivolidades de diletante. En realidad, dado que la amistad genuina ha de ser virtuosa y son pocos los virtuosos, también resultan escasas las verdaderas amistades.

Las auténticas amistades se fundan en Dios mismo, pues Él es amistad —*Deus amicitia est*, en la expresión de San Elredo de Rieval—, el Amor por esencia, del cual participamos (cf. 1 Jn 4, 16). El Padre nos amó desde el principio y, como prueba suprema, nos envió a su Hijo, cuya caridad se consumió en el Calvario (cf. Jn 15, 13). Es más, Jesús ha de ser siempre el «tercero» en todo vínculo cristiano, porque garantizó su presencia cuando al menos dos estén reunidos en su nombre (cf. Mt 18, 20).

No obstante, la amistad exige reciprocidad. ¿Cómo corresponder a la inmensidad de la bondad del Creador? Nuestro Señor nos ofrece la clave: «Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando» (Jn 15, 14). Se trata, por tanto, del cumplimiento del mandamiento del amor, practicado no por mero esfuerzo humano, sino por la gracia, participación en la propia vida divina. Paradójicamente, sólo podemos amar a Dios con el mismo amor con que Él nos ama.

En la última cena, el divino Maestro eleva a los Apóstoles de la condición de «siervos» a la dignidad de «amigos». En la interpretación tomista, esto significa que ya no están bajo las ataduras del antiguo legalismo, sino que respiran la libertad de los hijos de Dios por la gracia. Y como sello de esa intimidad, Cristo les confiesa: «Todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15).

Nuestra amistad con Dios no se limita a la mera observancia de la ley ni a la permanencia en el estado de gracia. Se trata de la búsqueda incesante y habitual del alma para entrar en la vida íntima del Hijo, en la que se desvelan los arcanos del Padre. Como enseña Santo Tomás de Aquino, es propio de los amigos confiar los secretos del corazón; sin embargo, «como los amigos tienen un solo corazón y una sola alma, no parece que un amigo ponga fuera de su corazón lo que revela a su amigo» (*In Ioannem*, c. xv, lect. 3, n.º 2016). En resumen, los amigos se comunican más con el corazón que con las palabras.

En última instancia, la vida mística, esencialmente recóndita y misteriosa, es la suprema amistad con Dios. Nuestras almas, escondidas en Él (cf. Col 3, 3), se deifican progresivamente y se hacen partícipes de las relaciones trinitarias de la más íntima amistad, al auscultar los secretos del Padre por el Verbo en plena unión con el Espíritu de Amor. He aquí la verdadera amistad, de la que participan todas las demás. ✠



Nuestro Señor
con Santa Marta
y Santa María
Magdalena -
Iglesia de Saint-
Pierre-aux-Liens,
Cornas (Francia)

Foto: FredSeiller (CC by-sa 4.0)



Él quiere ser nuestro Amigo

Amistad: una palabra poco comprendida en nuestros días,
pero cuán real es al expresar la íntima unión que
Dios desea establecer con nosotros.

COMUNIÓN EN EL PENSAMIENTO Y EN EL DESEO

¿Qué es realmente la amistad? *Idem velle, idem nolle* —querer y no querer lo mismo, decían los antiguos. La amistad es una comunión en el pensamiento y en el deseo.

El Señor nos dice lo mismo con gran insistencia: «Conozco a los míos y los míos me conocen». El Pastor llama a los suyos por su nombre. Él me conoce por mi nombre. No soy un ser anónimo cualquiera en la inmensidad del universo. Me conoce de manera totalmente personal. Y yo, ¿le conozco a Él? La amistad que Él me ofrece sólo puede significar que también yo trate siempre de conocerle mejor; que yo, en las Escrituras, en los sacramentos, en el encuentro de la oración, en la comunión de los santos, en las personas que se acercan a mí y que Él me envía, me esfuerce siempre en conocerle cada vez más.

La amistad no es solamente conocimiento, es sobre todo comunión del deseo. Significa que mi voluntad crece hacia el «sí» de la adhesión a la suya. En efecto, su voluntad no es para mí una voluntad externa y extraña, a la que me doblego más o menos de buena gana. No, en la amistad mi voluntad se une a la suya a medida que va creciendo; su voluntad se convierte en la mía.

BENEDICTO XVI.
Homilía, 29/6/2011.

«SÍ» AL AMIGO, «NO» A LO QUE SE OPONE A ÉL

Un don de amistad implica un «sí» al amigo e implica un «no» a lo que no es compatible con esta amistad, a lo que es incompatible con la vida de la familia de Dios, con la vida verdadera en Cristo. [...] Esto lo conocemos bien, pero, tal vez precisamente porque hemos escuchado demasiadas veces estas palabras, ya no nos dicen mucho. Entonces debemos profundizar un poco en los contenidos de estos «no». ¿A qué decimos «no»? Sólo así podemos comprender a qué queremos decir «sí».

BENEDICTO XVI.
Homilía, 8/1/2006.

LA AMISTAD CON DIOS ES NUESTRA SALVACIÓN

Jesucristo transforma radicalmente la relación del hombre con Dios; de ahora en adelante, será una relación de amistad. Por eso, la única condición de la nueva alianza es el amor. Al comentar este pasaje del cuarto Evangelio, San Agustín insiste en la perspectiva de la gracia, que es la única que puede hacernos amigos de Dios en su Hijo. Efectivamente, un antiguo lema decía: *Amicitia aut pares invenit, aut facit* —la amistad o nace entre iguales o los hace tales. Nosotros no somos iguales a Dios, pero Dios mismo nos hace semejantes a Él en su Hijo. [...]

Nuestra experiencia nos dice que las amistades pueden terminar a causa de algún gesto clamoroso de ruptura, o también por una serie de desatenciones cotidianas que desgastan la relación hasta romperla. Si Jesús nos llama a ser sus amigos, intentemos no desoír su llamada. Acojámosla, cuidemos esta relación, y descubriremos que la amistad con Dios es nuestra salvación.

LÉON XIV.
Audiencia general, 14/1/2026.

BASE DE UNA AMISTAD SINCERA CON LOS DEMÁS

El encuentro personal con el divino Maestro, que os llama amigos, puede ser el inicio de una aventura extraordinaria: la de convertirlos en apóstoles entre vuestros coetáneos. [...] Así veréis cómo la amistad con Él os llevará a abriros a los demás, a quienes consideraréis hermanos, manteniendo con cada uno una relación de amistad sincera. En efecto, Jesucristo es precisamente «el amor de Dios encarnado» (*Deus caritas est*, n.º 12), y sólo en Él es posible encontrar la fuerza para ofrecer a los hermanos afecto humano y caridad sobrenatural, con espíritu de servicio que se manifiesta sobre todo en la comprensión.

BENEDICTO XVI.
Discurso, 10/4/2006

FUERZA PARA VENCER LOS DESALIENTOS

El que ha escogido ser todo de Cristo hallará ante todo en la intimidad con Él y en su gracia la fuerza de espíritu necesaria para disipar la melancolía y para vencer los desalientos. [...] Y si la hostilidad, la desconfianza, la indiferencia de los hombres hiciesen a veces no poco amarga su soledad, él sabrá que de este modo comparte, con dramática evidencia, la misma suerte de Cristo, como un apóstol, que no es más que aquel que lo ha enviado, como un amigo admitido a los secretos más dolorosos y gloriosos del divino Amigo.

SAN PABLO VI.

Sacerdotalis cælibatus,
24/6/1967.

ESTÍMULO PARA LA PERFECCIÓN

Para Clara [...], Francisco de Asís no sólo fue un maestro cuyas enseñanzas seguir, sino también un amigo fraterno. La amistad entre estos dos santos constituye un aspecto muy hermoso e importante. De hecho, cuando dos almas puras y enardecidas por el mismo amor a Dios se encuentran, la amistad recíproca supone un estímulo fuertísimo para recorrer el camino de la perfección. La amistad es uno de los sentimientos humanos más nobles y elevados que la gracia divina purifica y transfigura. Al igual que San Francisco y Santa Clara, también otros santos han vivido una profunda amistad en el camino hacia la perfección cristiana, como San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca de Chantal.

BENEDICTO XVI.

Audiencia general, 15/9/2010.



Archivo Revista

La amistad implica un «sí» al amigo y un «no» a lo que no es compatible con esta amistad, a lo que es incompatible con Cristo

Jesús con sus amigos Lázaro, Marta y María - Iglesia de Santa María Magdalena, Angers (Francia)

AMISTAD CON DIOS Y CON LOS QUE LE PERTENECEN

Para la composición de sus escritos, cooperaban con [Tomás de Aquino] algunos secretarios, entre los cuales el hermano Reginaldo de Piperno, quien lo siguió fielmente y al cual lo unía una fraterna y sincera amistad, caracterizada por una gran familiaridad y confianza. Esta es una característica de los santos: cultivan la amistad, porque es una de las manifestaciones más nobles del corazón humano y tiene en sí algo de divino, como el propio Santo Tomás explicó en algunas *quaestiones* de la *Summa Theologiae*, donde escribe: «La caridad es la amistad del hombre principalmente con Dios, y con los seres que pertenecen a Dios» (II, q. 23, a. 1).

BENEDICTO XVI.

Audiencia general, 2/6/2010.

UNA UNIÓN QUE FLORECE

Muy poco podremos hacer en el trabajo por toda la Iglesia, que es mi preocupación cotidiana y la vuestra, si no hemos logrado esta intimidad estrecha con el Señor Jesús: si realmente no estamos con Él y como Él santificados en la verdad; si no guardamos su palabra en nosotros, tratando de descubrir cada día su riqueza escondida; si el amor mismo de Dios por su Cristo no está profundamente arraigado en nosotros. La unidad exterior, por la que oramos, será la germinación y el florecimiento de esta íntima unión con Cristo que deben tener indistintamente todos los fieles.

SAN JUAN PABLO II.

Discurso, 23/1/1981.

QUE SU AMISTAD NOS SANTIFIQUE

En la medida en que nos dejamos tocar por [Jesús], en que el encuentro se convierte en amistad y amor, llegamos a ser nosotros mismos, a partir de su pureza, personas puras y luego personas que aman con su amor, personas que introducen también a otros en su pureza y en su amor. San Agustín resumió todo este proceso en la hermosa expresión: *Da quod iubes et iube quod vis* —concede lo que mandas y luego manda lo que quieras. En este momento queremos poner ante el Señor esta petición y rogarle: sí, purifícanos en la verdad. Sé tú la verdad que nos hace puros. Haz que mediante la amistad contigo seamos libres y así verdaderamente hijos de Dios, haz que seamos capaces de sentarnos a tu mesa y difundir en este mundo la luz de tu pureza y bondad. Amén.

BENEDICTO XVI.

Homilía, 30/8/2009.



5 de julio – XIV Domingo del Tiempo Ordinario

(Zac 9, 9-10; Sal 144; Rom 8, 9.11-13; Mt 11, 25-30)

La virtud de los grandes



✠ P. Joshua Alexander Sequeira, EP

*La grandeza
y la humildad
sellaron en
Jesucristo
una alianza
admirable.
Él, como en
todo, es
el modelo
insuperable
de ambas
virtudes*

La primera lectura de este domingo suena familiar a todo católico, pues figura en la conmemoración de la entrada del Salvador en Jerusalén el Domingo de Ramos: «Viene tu rey, justo y triunfador, pobre y montado en un borrico» (Zac 9, 9). Sin embargo, pocos conocen la continuación de la profecía de Zacarías, en la que se canta la grandeza del Rey-Mesías: «Su dominio irá de mar a mar, desde el río hasta los extremos del país» (9, 10).

¿Cómo conciliar la humildad de un borriquito con la grandeza del poder divino? He aquí el núcleo de la liturgia de hoy.

El neopaganismo igualitario predica sistemáticamente una doble mentira: injuria la grandeza tachándola de opresora de los pequeños, mientras envilece la humildad con una caricatura pusilánime, necia y miserabilista.

Imbuidos de esos prejuicios revolucionarios, no faltaron quienes denigraron el Antiguo Testamento tildándolo de «duro» y «áspero», contraponiéndolo a las «dulzuras» del Nuevo, que, según ellos, estaría despojado de toda grandeza. Como si el Dios del Sinaí no fuera el mismo que el del Calvario...

La realidad, no obstante, se revela muy diferente. Grandeza y humildad sellaron, en el Hombre-Dios, una alianza admirable. Jesucristo es —¡como en todo!— el modelo insuperable de ambas virtudes. El León de Judá es el Cordero de Dios.

Lo vemos recién nacido en el pesebre, en el silencio de la noche, interrumpido solamente por el

canto de miríadas de ángeles de la corte celestial y por el mugido de los animales; lo vemos crucificado entre ladrones, derramando las últimas gotas de su sangre redentora mientras el sol se oscurece y la tierra tiembla; y lo vemos también en aquel Domingo de Ramos, montado en un borrico entre aclamaciones de la multitud, como Rey de reyes que silencia la objeción de los fariseos: «Os digo que, si estos callan, gritarán las piedras» (Lc 19, 40).

El llamamiento de Jesús resuena, sonoro y dulce, para los «cansados» de todos los siglos: «Venid a mí [...], y yo os aliviaré. [...] Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 28-29).

El humilde reconoce con resignación la verdad acerca de sí mismo: atribuye sus cualidades a la liberalidad divina y sus defectos a su naturaleza pecadora. No se siente abatido al constatar sus miserias. Veraz y sin pretensiones, se regocija ante las superioridades de los demás.

Manso a imitación de Cristo, el verdadero «pequeño» (Mt 11, 25b) arde de entusiasmo por el Creador. No pide nada para sí mismo, sino todo para Dios, como exhorta hoy el salmista. Será el protector de los que viven conforme al Espíritu, pero despreciará a quienes proceden según la carne (cf. Rom 8, 13), y permanecerá erguido, sin doblegarse por miedo ni servilismo, ante los «sabios y entendidos» (Mt 11, 25a) de la tierra.

Pronto se vuelve magnánimo quien lleva el suave yugo de la humildad. Sí, las virtudes siempre van hermanadas: la genuina grandeza procede únicamente de la humildad, y sólo es humilde el que busca la magnanimidad, el que procura «emprender obras grandes, espléndidas y dignas de honor en todo género de virtudes».¹

Roguemos a la Santísima Virgen que nos enseñe a cantar con Ella el *Magnificat*, glorificando a la vez el poder de Dios en la dispersión de los soberbios y en la exaltación de los humildes. ✠

«La entrada de Jesús en Jerusalén»,
de Giotto di Bondone - Capilla de
los Scrovegni, Padua (Italia)



¹ ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. 6.ª ed. Madrid: BAC, 1988, p. 590.

La grandiosa jerarquía de la creación

✠ P. Rodrigo Alonso Solera Lacayo, EP



Vivimos en una sociedad impregnada de principios igualitarios. En mayor o menor medida, nos vemos influidos por una profunda tendencia a rechazar o, al menos, a resentirnos ante cualquier autoridad o superioridad ajena.¹ Sin embargo, esta postura se opone a la doctrina evangélica, como podemos constatar en la parábola de este domingo.

El relato simbólico comienza con la figura del sembrador, sin cuya acción ni la semilla podría germinar ni la tierra fértil dar fruto. La tradición cristiana reconoce en él la imagen de Cristo, que siembra en las almas su gracia y su palabra. No obstante, esta alegoría también evoca a todos aquellos investidos de una misión de autoridad, enseñanza o ejemplo. En oposición a las ideologías igualitarias, el verdadero superior no existe para oprimir a los inferiores, sino para ayudarlos, protegerlos, estimularlos en la práctica del bien y guiarlos hacia la perfección. Así lo dispuso Dios al grabar en el universo los principios de jerarquía y mediación: «El Rey y Señor de los Cielos instituyó desde toda la eternidad esta ley: que los dones de su Providencia llegaran a las realidades inferiores a través de las intermedias».²

A continuación, el divino Maestro presenta cuatro terrenos radicalmente desiguales en cuanto a su fertilidad: el borde del camino simboliza los corazones endurecidos; el terreno pedregoso, los superficiales e inconstantes; el suelo lleno de abrojos, los sofocados por las pasiones desenfrenadas; y, por último, la tierra buena evoca a las almas dóciles a la acción divina. Sólo las semillas echadas en suelo propicio dieron fruto, y cada una en distinta medida: unas produjeron ciento por uno; otras, sesenta; y otras, treinta.

He aquí una prueba más de la inconveniencia del igualitarismo: dado que una causa no puede producir efectos más allá de su propia medida, igualar los terrenos implicaría degradar los mejores y reducirlos a la infructuosidad, y uniformar las semillas equivaldría a disminuir la fecundidad de las más fructíferas. De manera análoga, entre los hombres existen legítimas diferencias de dones, capacidades e influencias. Cada uno puede, en distintos grados,

recibir de los demás y ejercer sobre ellos un benéfico influjo. La uniformidad absoluta no existe; una civilización igualitaria empobrecería la armonía de la creación y sólo edificaría ruinas.

Se podría objetar: ¿no hay injusticia en la desigualdad? El Doctor Angélico es quien responde: «Fue conveniente que en las cosas hubiera una diversidad ordenada, de modo que unas fueran mejores que otras. [...] Para que la semejanza con Dios de las cosas creadas fuera más perfecta, fue necesario que unas cosas fueran hechas mejores que otras, para que unas influyeran en las otras conduciéndolas a la perfección».³ Toda la creación, por tanto, se encuentra dispuesta en diferentes grados, y así debería ser también la organización social: una jerarquía armónica, cimentada sobre los fundamentos de la caridad.

Finalmente, la diversidad de frutos nos invita a un serio examen de conciencia: ¿qué tipo de semilla somos nosotros en el cumplimiento de nuestros deberes de estado y piedad? ¿Producimos obras de ciento por uno o sólo de sesenta o de treinta? ¿Buscamos ofrecerle a Dios lo mejor, según nuestras posibilidades concretas? ¿O nos contentamos con obras mediocres, dedicando al Creador nada más que una parte de nuestro amor y esfuerzo?

Pidamos a Nuestro Señor, el divino Sembrador, que transforme nuestro corazón en tierra fértil, humilde, pura y admiradora de las cualidades de los demás. De esta manera, daremos frutos generosos hasta ciento por uno. ✠

A semejanza de los campos y las semillas, entre los hombres existen legítimas diferencias de dones, capacidades e influencias. Una civilización igualitaria empobrecería la armonía de la creación

«La parábola del sembrador», de Marten van Valckenborch - Museo de Historia del Arte, Viena

¹ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Revolución y Contra-Revolución*. Bogotá: Fundación Salvadme Reina, 2024, pp. 83-107.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Principium Rigans montes*, proemium.

³ *Idem*. *Compendio de teología*, c. 73.



Divina paciencia, justicia absoluta

✠ P. Manuel Francisco Rodríguez Sancho, EP



El verdadero trigo no se deja vencer por la cizaña; la enfrenta con paciencia hasta el final. He ahí el momento de proceder a la separación definitiva

Qué fácil es corregir con excesivo rigor, principalmente cuando se trata de un defecto ajeno que nos incomoda. En la parábola del trigo y la cizaña, sin embargo, Nuestro Señor Jesucristo nos señala un camino diferente. La verdadera autoridad no se ejerce sólo mediante el poder, sino que es fecundada por la caridad y por la paciencia, como nos recuerda el Libro de la Sabiduría: «Tu fuerza es el principio de la justicia y tu señorío sobre todo te hace ser indulgente con todos» (12, 16).

En el relato evangélico, el enemigo —el diablo— busca arruinar la cosecha al sembrar la cizaña. Ante esta adversidad, Dios no actúa con precipitación: procede con longanimidad, con la esperanza de que surja una conversión. Primero, pondera: «Al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo»; luego, espera con clemencia: «Dejadlos crecer juntos hasta la siega». Si la cizaña persiste en su artimaña y no se arrepiente, será arrancada y atada «en gavillas para quemarla» (Mt 13, 29-30).

La enseñanza contenida en esta parábola divina dio sus frutos en los siglos de oro de la cristiandad, sirviendo de paradigma para reyes santos como San Luis de Francia y San Fernando de Castilla. Estos monarcas comprendieron que la autoridad debía ejercerse de acuerdo con los preceptos divinos: por su bondad, protegían y fomentaban el bien con paternal solicitud; mediante la disuasión, reprimían ejemplarmente el mal que amenazaba el trigo de sus reinos.

Podría objetarse que, al dejar que ambos crezcan juntos, se corre el riesgo de que la cizaña, al ser más agresiva, termine por ahogar al trigo. No

obstante, el dueño del campo, con divina prudencia, aguarda la maduración de los frutos. Con el paso de los meses, la diferencia se hace evidente: las espigas de trigo, cargadas de grano, se inclinan humildes; la cizaña se yergue con arrogancia, pero sin fructificar. El verdadero trigo no se deja vencer por la cizaña; la enfrenta con paciencia hasta el final. Ése es el momento de proceder, con energía y sin vacilación, a la separación definitiva.

Aplicada al contexto de la Iglesia, muchos aparentan ser buenos católicos, mientras que en su interior obran como malas hierbas en el jardín del Señor... De hecho, en la época de la cosecha se hace visible el abismo que separa a uno de otro: el trigo lleva en sí la marca de la caridad; la cizaña sólo se sirve a sí misma, es estéril. Por eso merece el fuego.

El veredicto final del dueño del campo es, por tanto, de una justicia absoluta: separar a quienes viven con espíritu de servicio y con la paciencia de las buenas obras de aquellos que, movidos por el espíritu de soberbia, consumieron sus vidas en el afán de sobresalir por encima de los trigales.

¿Cuánto tiempo queda para la cosecha final? No lo sabemos. De todos modos, aunque a veces nos sentimos sofocados por la cizaña y debilitados por la adversidad, tengamos la certeza de que «el Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad» (Rom 8, 26). Por Él

permanecemos como firmes espigas de trigo, bajo la protección de la Virgen María. Así, nunca seremos consumidos por el fuego infernal destinado a aquellos que abrazaron la cizaña del demonio. ✠



John Salmon (CC-by-sa 2.0)

Parábola del trigo y la cizaña -
Iglesia de San Juan Bautista,
Aylmerton (Reino Unido)

Un tesoro transformador



✠ P. Timothy Joseph Ring, EP

Las parábolas enseñadas por Nuestro Señor constituyen una invitación al Reino de los Cielos —expresión utilizada más de treinta veces por San Mateo. En el Evangelio de hoy, ese Reino es comparado con un tesoro accesible, esplendoroso, pero lleno de desafíos: su conquista exige una transformación de mentalidad.

En la primera parábola, un hombre descubre un tesoro escondido en el campo. Encontrarlo de improviso es símbolo de la *gratia gratis data* —gracia gratuitamente concedida. Demuestra que Dios quiere conceder lo mejor, de manera abundante, sin mérito alguno. Este tesoro profuso y valioso hace referencia a la riqueza de la sabiduría, la misma que Salomón pidió y recibió para gobernar al pueblo elegido (cf. 1 Re 3, 5-12). Simboliza, en suma, el Corazón Sagrado de Jesús, en el que «están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Col 2, 3).

La segunda parábola expresa el empeño de un comerciante en busca de perlas finas. Ese tesoro, considerado particularmente bello, nunca ha de ser echado a los cerdos (cf. Mt 7, 6); es decir, debe ser custodiado con celo. Ahora bien, según Santo Tomás,¹ la belleza comprende tres elementos: integridad o perfección, proporción o armonía, y claridad. Tales atributos se encuentran plenamente en Cristo, «el más bello de los hombres» (Sal 44, 3), de cuyo fulgor participa María, la «toda hermosa» (Cant 4, 7).

Finalmente, la última parábola, la de la red echada al mar, introduce un matiz distinto: mientras que las anteriores evocan el júbilo de encontrar el Reino, esta última subraya el juicio inexorable entre los peces buenos y los malos: unos son colocados

en cestos; otros son desechados. Los justos serán salvados, mientras que los ángeles a los malos «los echarán al horno de fuego» (Mt 13, 50). Ante esto, es necesario confiar, pues «a los que aman a Dios todo les sirve para el bien; a los cuales ha llamado conforme a su designio. [...] Y a los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó» (Rom 8, 28.30).

Los primeros Apóstoles fueron pescadores de hombres que, echando las redes de la verdadera doctrina salvífica en un «mar» ora en calma, ora agitado, ofrecieron a sus contemporáneos un modo de vida (cf. Hch 5, 20), ya aquí en esta tierra, como auténticos «ciudadanos del Cielo» (Flp 3, 20).

Dios nos envía, gratuitamente, gracias para amarlo y, pródigamente, estímulos para buscarlo. Nos concede fuerzas para renunciar a los malos hábitos y desapegarnos de las malas inclinaciones. Esto constituye un verdadero tesoro que, guardado en el corazón, transforma nuestra existencia y, en medio de las vicisitudes de esta vida, nos hace anticipar ya el Reino de los Cielos.

El mayor tesoro que Cristo nos dejó fue su Madre. Por eso, elevemos nuestros corazones a Ella con una súplica: ¡Oh María Santísima, Reina del Cielo, Discípula perfecta, que guardaste en tu Corazón todas las maravillas obradas por tu divino Hijo, intercede por nosotros y haz que nuestros corazones sean transformados, para que podamos vivir ya en esta tierra la realidad del Reino de los Cielos! ✠



Reproducción

«La parábola del tesoro escondido», de Rembrandt - Museo de Bellas Artes de Budapest

Jesús nos ofrece un tesoro que, guardado en el corazón, transforma nuestra existencia y anticipa las alegrías del Reino de los Cielos

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 39, a. 8.

La verdadera amistad

La convivencia perfecta supone tener a Dios en el centro: así, todas las inclinaciones se ordenan, se olvidan los defectos y se pasan por alto las heridas, buscando únicamente admirar la virtud y el designio divino respecto de cada uno.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Cuando alzamos la mirada al cielo y vemos las estrellas, éstas nos parecen un inmenso conjunto de lucecitas, muy parecidas entre sí. No obstante, si las observamos a través de un telescopio, constatamos la gran variedad que existe entre los astros, como afirma San Pablo: «*Stella enim a stella differt in claritate* —una estrella difiere de otra por su resplandor—» (1 Cor 15, 41).

Lo mismo ocurre con los hombres: aunque todos pertenecen al género humano, están constituidos físicamente por cabeza, tronco y extremidades, y poseen un alma con sus potencias; la diversidad que existe entre unos y otros es amplísima. Cada ente humano constituye un pequeño «universo».

Como consecuencia de ello, se observa un fenómeno curioso: cuanto más se acerca un individuo —o un grupo humano— a un elevado grado de perfección, más diferencias encontramos en él.

Hay personas poco expresivas, pocas en gestos y actitudes y que, sobre todo, poseen un único tipo de afecto. Bajo el pincel o el lápiz de un artista, se definirían con dos o tres trazos, dada su sencillez.

En el extremo opuesto, alguien con una personalidad muy rica, lleno de dones y características, se mostrará polimórfico, profuso en expresiones fisonómicas, en modos de ser y de actuar; y, en su afectividad, será capaz de establecer formas de amistad completamente distintas.

Desequilibrios en las relaciones humanas

Toda criatura humana, a causa de su instinto de sociabilidad, está siempre en busca de alguien que la comprenda a fondo, la quiera por entero y tenga para con ella una lealtad absoluta. Dios ha puesto ese deseo en el alma para facilitar que unos se entiendan con los otros, se apoyen recíprocamente y procuren que el bien circule entre todos.

Sin embargo, la mayoría de las veces, la persona no encuentra lo que esperaba y empieza a sufrir decepciones y duros golpes. En efecto, después del pecado original, las inclinaciones del hombre se volvieron desequilibradas y, ya sea por herencia de sus ascendientes o por malos hábitos adquiridos a lo largo de su vida, si no practica la virtud auxiliado por la gracia, intenta a toda

costa colocarse en el centro de atención, creyéndose más que los otros.

Y por eso entabla amistades equivocadas y torcidas, basadas en el amor a sí mismo, en el pragmatismo y en el beneficio personal. De ahí surgen las envidias, las críticas, los malos tratos, las peleas y la disensión... De ahí nacen también los desentendimientos entre quienes se casan por intereses económicos o de proyección en su grupo social, o incluso por motivos románticos y superficiales, atraídos únicamente por la belleza física.

El afecto sentimental es aquel por el cual dos personas se unen por afinidades meramente humanas, y una contempla a la otra con la ilusión de que en ella reside el polo de la amistad, olvidándose de admirar las cualidades sobrenaturales. Esta alianza entre dos que caminan hacia el mal y se aprecian a causa del pecado nunca es estable: el siguiente paso consistirá en querer el halago del cónyuge para sentirse adorado por éste, imaginando que le corresponderá con la misma moneda. Pasado un tiempo, el resultado siempre será la traición y la enemistad, y ambos se volverán infieles al sagrado juramento del matrimonio, hecho ante el

ministro, junto al altar, y que no podía romperse sino con la muerte.

¡Cuántas desilusiones en la vida de quien confía en amistades forjadas al margen de la gracia de Dios! El amor propio y el sentimentalismo son la raíz de todos los desastres y desviaciones en las relaciones humanas a lo largo de la historia.

La sociedad contemporánea atraviesa un «terremoto» cuya causa radica en las relaciones fundadas en el egoísmo y la impureza. El trato propio del Infierno se ha apoderado de la faz de la tierra, y este mundo moderno se desmorona porque la amistad verdadera ha desaparecido y cada uno desea para el otro lo peor, es decir, su condenación. Ya no existen relaciones altruistas, idealistas, sobrenaturales; por lo tanto, ya no hay amistad de santidad.

¿En qué consiste la verdadera amistad?

¿Qué es ser amigo?

La palabra *amigo* ha sido muy mancillada a lo largo de los siglos y también lo es hoy en día; pero posee un profundo significado, ya que figura en los manuales de teología para designar la presencia de la Santísima Trinidad en el alma humana por el bautismo: Dios se relaciona con nosotros como Padre y Amigo.

Se diría que el Padre nos amó con locura, hasta el punto de entregar a su Hijo como víctima expiatoria para comprarnos al precio infinito de su preciosísima sangre. «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Si un solo hombre hubiera cometido un único pecado, el Verbo se encarnaría y sufriría toda la Pasión para salvar a ese amigo y sacarlo de la esclavitud del demonio, otorgándole la libertad en el seno de las huestes de Cristo.

Ahora bien, es necesario que haya una reciprocidad en ese amor. Si Nuestro Señor dio su vida por nosotros, ¿qué

debemos dar nosotros? El amor se demuestra con obras. Se nos invita a la amistad con Jesús mediante el cumplimiento de los mandamientos y el amor de unos para con los otros, como Él mismo dijo: «Vosotros sois mis amigos



La verdadera amistad no se halla en el sentimentalismo, ni es un mero quererse bien; es gozar de la misma confianza, amar con abnegación y desinterés, con pureza angélica, respeto y elevación de espíritu

David y Jonatán - Catedral de San Egidio, Edimburgo (Escocia). En la página anterior, detalle de «El Juicio Final», de Fra Angélico - Gemäldegalerie, Berlín

si hacéis lo que yo os mando [...]. Esto os mando: que os améis unos a otros» (Jn 15, 14.17). La medida para saber si estamos en plena relación amistosa con el Señor está en el empeño de favorecer a los demás por amor a Él.

Debemos amar a Dios sobre todas las cosas, con un amor radical y absoluto, incluso por encima de nosotros mismos. Es inherente a la naturaleza humana —como a la angélica— la inclinación a amar al Creador más que a uno mismo; y ni siquiera el pecado original ha logrado destruir por completo esa tendencia. Por eso, el egoísmo constituye un pecado horrible, pues se alza contra ese instinto y lo aplasta, para sustituirlo por el amor exagerado a uno mismo.

No podemos dejar de amarnos, pero hay que hacerlo en función de Dios, aspirando a cumplir nuestra misión para darle toda la gloria que merece. Y lo mismo ocurre respecto del prójimo: debemos amarlo como a nosotros mismos, es decir, desear el cumplimiento total de su vocación para que Dios sea glorificado.

He aquí el modelo de la verdadera amistad: no se halla en el romanticismo ni en el sentimentalismo; ni es un mero quererse bien. La amistad va mucho más allá, se sitúa en un plano superior; es intimidad, es gozar de la misma confianza, es amar sin pretensiones, con abnegación y desinterés, con pureza angélica, respeto y elevación de espíritu.

La convivencia perfecta supone tener a Dios en el centro: así, todas las inclinaciones se ordenan, se olvidan los defectos, el mal carácter o las asperezas de los demás, y se pasan por alto las heridas, buscando únicamente admirar la virtud y el designio divino respecto de cada uno.

Desearle el bien al otro es un elemento esencial para que la amistad sea pura, auténtica y llena de consuelos. Esto no significa ambicionar que un amigo haga un viaje de turismo, en el que se hospede en excelentes hoteles y vaya a buenos restaurantes, pues eso sería una amistad mundana, salvo que la intención fuera acercarlo más al Cielo. Pero lo mejor que se le puede desear a alguien —sobre todo si se trata de un amigo

muy íntimo, a quien apreciamos profundamente— es, más bien, la salvación eterna, en el gozo de la presencia de Dios, conociéndolo cara a cara y amándolo tal como Él es.

Por eso, la verdadera amistad a veces implica decir cosas duras, porque, al ver a alguien periclitar o encontrar en él una falta, hay que intentar corregirlo, con el objetivo de ayudar a esa alma a estar plenamente en armonía con Dios; como el médico que toma el bisturí y realiza una incisión para extirpar un absceso infectado con el fin de curar al enfermo.

Un buen vino, tras ser bebido, deja su sabor en el fondo del paladar y allí se va refinando y adquiriendo mayor intensidad, hasta el punto de causar añoranza... Del mismo modo, un amigo verdadero es aquel cuya compañía nos hace olvidar todo lo que existe, de tal modo nos embarga su presencia; y percibimos en él una disposición a sufrir por nosotros lo que sea necesario, así como su empeño, afecto y

desvelo por conseguir nuestra máxima santificación.

El Dr. Plinio: el mejor amigo

Ahora bien, quien ha tenido la dicha de conocer a un hombre como el Dr. Plinio ha podido comprobar hasta qué grado de complejidad y riqueza incalculable llegaban esos principios sobre la amistad. Si en otras ocasiones hemos destacado aspectos de su vocación, de su paternidad, profetismo o sabiduría, conviene también enfocarlo desde un ángulo poco analizado de su personalidad: el modo en que se hacía amigo.

El Dr. Plinio era el mejor amigo de todos los que se acercaban a él. Pero, por ser justo, establecía una relación amistosa diferente con las personas que lo rodeaban, adaptada a lo que cada uno merecía, según la luz que el dedo de Dios había puesto en cada alma. Por eso, aunque muchas veces lo vi preocupado ante los problemas y complicaciones que le presentaban sus amigos,

nunca lo noté abatido ni conmovido, pues confiaba en que, a pesar de los fallos, el plan divino de alguna manera se realizaba. Su trato afable y afectuoso era una invitación permanente a que la persona dejara atrás sus defectos y abrazara la virtud, con vistas a ese designio por el que había sido llamada a completar la grandeza y la belleza de la obra del Creador.

La amplitud de géneros de amistad en el Dr. Plinio era insondable. Ya fuera con el enfermero o el barbero —contratados para servicios concretos—, tenía muestras de una cortesía que ninguno de los dos encontraría nunca en nadie, en ningún lugar de la tierra. Por sus parientes guardaba una estima fraternal y específica, hasta el final. Y con aquellos a los que estaba unido por un vínculo sobrenatural, mantenía una amistad sin límites, dispuesto a hacer por ellos todo lo necesario, para la vida y para la muerte.

Y aun cuando esa amistad no era correspondida, él no la rompía. A uno que se atrevió a hacer uso desmesurado de su dinero, siguió tratándolo sin el menor roce, a pesar de los desmanes. A otro, que era un alma mezquina y sentimental, lo soportaba como ni siquiera una madre lo haría, abandonando sus ocupaciones y haciéndole un hueco en su escaso tiempo para atenderlo.

La amistad de toda una vida

Conviví cuarenta años con el Dr. Plinio y puedo decir que la relación con él estuvo cuajada de extraordinarias manifestaciones de estima, consideración y bienquerencia. Dado el carácter profundamente grandioso de su alma, poseía un sentido de reciprocidad muy grande, por el que demostraba su satisfacción por cualquier beneficio recibido, permaneciendo agradecido hasta el final de su vida.

Por otro lado, desde que lo conocí me sentí enteramente comprendido por él y fui atraído por esa amistad. Se solidarizó plenamente conmigo, se adaptó a mi temperamento y le gustaba mi forma de ser. También percibí



Un amigo verdadero es aquel cuya compañía nos hace olvidar todo lo que existe y percibir en él una disposición a sufrir por nosotros lo que sea necesario, así como su empeño, afecto y desvelo por conseguir nuestra máxima santificación

Mons. João junto al Dr. Plinio en el cementerio de la Consolación, São Paulo, en 1992

que yo era uno con él, hasta el punto de hacer todo lo que me ordenara. Tal imbricación podría definirse con lo que los alemanes llaman *zusammen sein*, cuya traducción literal es *estar juntos*, pero que encierra un sentido más rico y significa el placer de participar de una convivencia en la que se es uno solo, y en la que se experimenta intensamente una profunda unión de almas.

¡Cuántos episodios podría contar respecto de la historia de esa amistad de toda una vida!

Un amigo muestra su valía sobre todo en los momentos difíciles, y yo sabía perfectamente que podía recurrir a él en las circunstancias más diversas y confiarle todos mis secretos —tanto mis debilidades como mis éxitos—, depositando en sus manos cuanto tenía.

Durante mis viajes, él estaba dispuesto a atenderme por teléfono el tiempo que hiciera falta, a cualquier hora del día o de la noche, sin manifestar el más mínimo cansancio. En situaciones humillantes o en los casos que yo, angustiado, no sabía cómo resolver, allí estaba él, volcándose sobre mí para ampararme y protegerme.

Y aunque yo llegara a cometer los mayores desatinos, tenía la certeza de que, ya de antemano, él me perdonaría y estaría dispuesto a socorrerme, identificándose con mi situación, sin ningún temor, como si fuera responsabilidad suya, al igual que el sacerdote que absuelve todos los pecados en el confesionario.

Recuerdo, por ejemplo, que una vez recibí una carta muy desagradable, de quince páginas, en la que el remitente consideraba, según su criterio, que yo no había actuado correctamente.

Perplejo, y sin saber el efecto que podría tener mi respuesta, consulté al Dr. Plinio, pidiéndole una orientación. Terminada la lectura de la carta, me dictó la respuesta como si fuera yo mismo quien la escribiera, ¡con mi propio lenguaje y estilo!

Ese cariño se manifestaba hasta en los hechos más simples. Un día que lle-



Fotos: Archivo Revista

Más que un padre, el Dr. Plinio era un amigo con «A» mayúscula, sin par, sin fin, sin medida

El Dr. Plinio y Mons. João en 1990

gué a su apartamento para comer con él, al bajar del coche me sorprendió un fuerte aguacero. Al sentarme a la mesa, observó que la manga de mi chaqueta estaba mojada; entonces mandó que trajeran una toalla y me pidió que me acercara un poco para secarme él mismo, diciéndome:

—Hijo mío, si te quedas mojado, puedes coger un resfriado.

En otra ocasión, cuando era estudiante en la Facultad de Derecho, en 1962, sucedió que, debido a una serie de ocupaciones ese día, me quedé sin comer desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Como no llevaba dinero para comprarme nada, y no tenía a quién recurrir —pues sólo estaba el Dr. Plinio en el lugar donde me encontraba—, le pedí prestado algo de dinero para almorzar. Él respondió de inmediato:

—Toma mi cartera y gasta lo que necesites.

Cuando regresé para devolverle la cartera y darle las gracias, me dijo:

—Hijo mío, soy yo quien debe agradecerlo, porque hoy me has dado la

gran alegría de demostrarme que soy tu padre.

Sin embargo, más que un padre, era un amigo con «A» mayúscula, sin límites, sin par, sin fin, sin medida... Siempre sentí de su parte un enorme empeño por hacerme alcanzar los dones más elevados y llegar a la cima de la perfección. En mi vida espiritual, en mi perseverancia y devoción a Nuestra Señora, y en todo el bien que hay en mí, ejerció un papel fundamental.

Ahí está la alegría, según las palabras de Nuestro Señor a los Apóstoles: «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (Jn 15, 11). La «plenitud de la alegría» consiste en amar la superioridad y entregarse a quien es más, con vistas a la entrega total a Dios. Un alma que vive desde esta perspectiva posee la verdadera felicidad. ✠

Extractos de exposiciones orales pronunciadas entre 1999 y 2010.

Un solo corazón y una sola alma

Impregnado de mediocridad y materialismo, el mundo actual necesita recuperar el sentido de la verdadera amistad, fundada en la caridad, así como su valor en las relaciones humanas.



✠ P. Aumir Antonio Scomparin, EP

Hay quien dice que la amistad es tan antigua como el hombre... En efecto, dotado de naturaleza social, el ser humano tiene necesidad de agruparse y relacionarse. Se trata de una tendencia natural, inmortalizada por Cicerón como «instinto de sociabilidad».¹ Sin embargo, vivir en sociedad sólo es posible mediante la concordia, que presupone una relación amistosa en la que los amigos sinceros se apoyan mutuamente y mantienen una aprobación recípro-

ca de pensamientos, convicciones y comportamientos.

Sin amistad, en cualquier relación humana surgen divisiones, sediciones y discordias, lo que confirma la máxima de que el hombre es un lobo para el hombre: *Lupus est homo homini*.² Esto es lo que podemos observar en los albores de la humanidad, tras el pecado original, al toparnos con la desavenencia y el fratricidio: Caín era hermano de Abel, pero no su amigo, y por eso lo mató por envidia (cf. Gén 4, 8).

Lamentablemente, no hace falta remontarse tan atrás en el tiempo, pues el mundo actual, impregnado de intereses egoístas y dominado por la mediocridad del materialismo y el hedonismo, parece haber perdido el sentido verdadero de la amistad. La palabra *amigo* se emplea tanto en una fría carta comercial como en una auténtica relación fraternal. De todos modos, casi hay que buscar con lupa a un verdadero amigo. Nunca han sido tan actuales las sabias palabras de la Sagrada Escritura: «Un amigo fiel es un refugio seguro, y quien lo encuentra ha encontrado un tesoro» (Eclo 6, 14).³

La amistad desde la Antigüedad

Por lo tanto, es necesario recuperar el sentido original de la amistad y su valor en las relaciones humanas. Aristóteles, el gran teórico del asunto, destacaba en *Ética a Nicómaco* su importancia y absoluta necesidad: «Sin amigos, nadie querría vivir, aunque tuviera todos los otros bienes».⁴

También para el sentido común resulta evidente la necesidad de la amistad; pero ¿en qué consiste propiamente?

Entre los griegos, la amistad partía de relaciones de benevolencia, afectividad, placer o incluso utilidad, ya fuera por las contingencias humanas o por la búsqueda de la sabiduría. Su duración dependía del motivo por el que se había formado. Pero la verdadera amistad, aquella que perdura y es fiel, estuvo principalmen-



Reproducción

En nuestra sociedad, impregnada de intereses egoístas y movida por el materialismo y el hedonismo, casi es necesario buscar con lupa a un verdadero amigo...

«Una tarde con amigos de visita», de Viggo Johansen - Nueva Pinacoteca, Múnich

te vinculada a la idea de virtud. Para el Filósofo,⁵ al ser puesta a prueba, queda sólidamente establecida en un amor desinteresado que une a los virtuosos en la búsqueda de la mutua perfección. Y aunque existan diferencias entre los amigos, si hay virtud y un ideal común, hay armonía entre ellos.

Entre los autores latinos, la definición clásica corresponde a Cicerón, en su obra *De amicitia*. Afirma que la amistad es «el acuerdo de todas las cosas divinas y humanas con benevolencia y amor».⁶ Y va un paso más allá, llegando a decir que «quien contempla a un verdadero amigo, contempla como un retrato de sí mismo»,⁷ tal es la intensidad del vínculo entre ambos.

La idea primitiva de amistad surgió con muchos términos conceptuales, sobre todo griegos, derivados de diversas concepciones de amor: desde el vocablo *storgē* (στοργή), el afecto natural propio de la familia, de padres a hijos y de hijos a padres; pasando por *érōs* (ἔρως), el amor pasional, carnal y romántico; hasta llegar a *philia* (φιλία), término que más se aproxima a la amistad, pues transmite una idea de amor honesto, fraternidad y afecto. También existe *agápē* (ἀγάπη), utilizado por los filósofos para denotar una idea de amor voluntario y altruista.

Ágape: fundamento de la amistad cristiana

Sin embargo, los griegos no tenían la noción de un amor completamente desinteresado y desprovisto de egoísmo, como llegó a ser el ágape cristiano. Fue en la literatura bíblica donde adquirió el sentido de amistad superior, un término que en el Nuevo Testamen-

to figura «ciento diecisiete veces, de las cuales setenta y cinco en San Pablo y veinticinco en San Juan».⁸

En las traducciones latinas de las Escrituras, la *philia*, que aparece en el Evangelio de San Juan para expresar la relación del Señor con sus discípulos

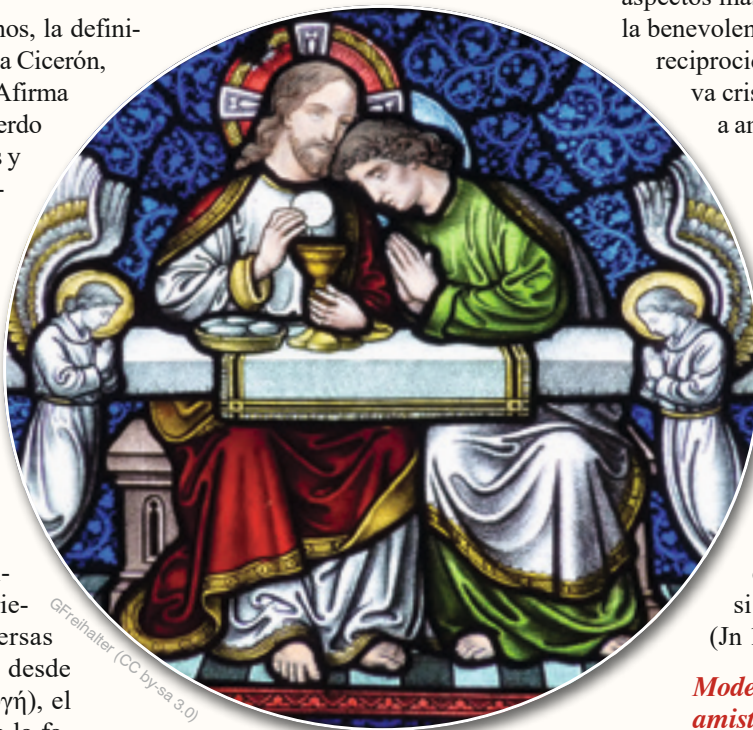
damentos de la amistad cristiana. Inspirándose en las antiguas reflexiones sobre la amistad, especialmente en las *Éticas* de Aristóteles, el Doctor Angélico¹⁰ fue uno de los autores que más la estudió, relacionándola con la vida social y las virtudes, destacando sus aspectos más importantes, sobre todo la benevolencia, la comunicación y la reciprocidad, desde una perspectiva cristiana: «Nada mueve más a amar que saberse amado».¹¹

Esta es la postura del cristiano, quien reconoce que ama a Dios «porque Él nos amó primero» (1 Jn 4, 19). Y la filosofía del Evangelio se resume en su precepto, fundamento de la amistad de ágape cristiana: «Como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13, 34-35).

Modelo divino: la amistad espiritual

San Agustín fue el primer autor cristiano en desarrollar una teoría acerca de la amistad, cuya influencia perduró hasta la Edad Media. En este período, Ricardo de San Víctor —en *De Trinitate*, su principal obra— comen-

ta que las personas nacen para vivir en una comunidad de amor. Ahora bien, para Ricardo, la realización de la existencia como ser personal solamente puede darse en la medida en que haya un amor *al otro*. Hay, por tanto, una conexión intrínseca entre la existencia de la persona y la caridad. En la visión de este autor, el amor divino es altruista y mutuo, y por eso implica una pluralidad: la Trinidad de Personas. Así pues, el amor trinitario alcanza su plena realización no sólo por el amor mutuo entre el Padre y el Hijo,



GFReihalter (CC-by-sa 3.0)

La primitiva idea griega de amistad no abarcaba la noción de amor completamente desinteresado y desprovisto de egoísmo, como en el ágape cristiano: «Como yo os he amado, amaos también unos a otros»

El Señor y San Juan Evangelista - Iglesia de San Huberto, Aubel (Bélgica)

—«Os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15)—, fue traducida por amor. El verbo *agapáo* (ἀγαπάω), del que procede el sustantivo *agápē*, fue traducido por *diligere* —verbo del que deriva el sustantivo *dilectio*. Por su parte, *agápē* se vertió al latín como *caritas*.

En su tratado *De caritate*, incluido en la *Suma Teológica*, Santo Tomás de Aquino «juega con bastante precisión con estos tres términos: amor, dilectio, caritas, a los que habrá que añadir el de *amicitia*»,⁹ definiendo así los fun-



sino también por la comunicación de este amor con un tercero, es decir, el Espíritu Santo.

El aprecio entre amigos, desde esta perspectiva cristiana, no es más que un vestigio de la pericoreosis trinitaria, modelo divino de la amistad cristiana de ágape o caridad, ya que «*Deus caritas est*» (1 Jn 4, 8). La caridad, por consiguiente, es la amistad del hombre para con Dios y del hombre para con el hombre por amor a Dios. La amistad natural se convierte en sobrenatural, «uno de los sentimientos humanos más nobles y elevados que la gracia divina purifica y transfigura».¹²

No es otro el valor y el significado de la amistad para con el prójimo cuando cada uno forma parte del mismo Cuerpo Místico: «Si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él» (1 Cor 12, 26). Esta interrelación es tan profunda que «los verdaderos amigos tienen una sola alma»,¹³ como ya decía Aristóteles; igual que la estrecha amistad de los primeros cristianos: «El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma» (Hch 4, 32), en Cristo.

Ese es el amor que Él reveló a sus amigos, fundamento de la comunión que reinaba entre los miembros de la Iglesia primitiva, la *koinonía* (κοινωνία), que expresa la unidad de los cristianos, cimentada en esa amistad enteramente espiritual. «La amistad es una comunión en el pensamiento y el deseo. [...] No, en la amistad mi voluntad se une a la suya a medida que va

creciendo; su voluntad se convierte en la mía, y justo así llego a ser yo mismo».¹⁴

El ejemplo de la vida religiosa

Esa amistad sobrenatural alcanzó su máximo florecimiento en la vida monástica. La regla agustiniana exhortaba a los religiosos que vivían en comunidad a ser «*anima una et cor unum in Deum*»,¹⁵ es decir, a vivir una unidad de amistad en la caridad.

de la amistad humana desde sus orígenes, con nuestros primeros padres, hasta su permanente realización en la visión beatífica.

Para él, la amistad perfecta consiste en aquello que expresa Cicerón —en la concordia entre todos los que comparten un mismo sentir de lo divino y lo humano, y una misma voluntad con benevolencia y caridad¹⁶—, porque «la amistad es un escalón próximo a la perfección, consistente en el conocimiento y amor a Dios.

El hombre, amigo de otro hombre, se hace amigo de Dios».¹⁷ Elredo aplica a la amistad de ágape lo que San Juan, «amigo de Jesús», comenta sobre la caridad: «¿Dios es amistad? [...] Lo que afirma a continuación de la caridad yo no dudo aplicarlo a la amistad: *quien permanece en la amistad permanece en Dios, y Dios en él* (cf. 1 Jn 4, 16)».¹⁸

Las virtudes que brotan de la amistad, como la alegría y la simpatía, «nacieron de Cristo, se desarrollan por Cristo y se perfeccionan en Cristo».¹⁹ Comenta además que «a través del amor que comparten los amigos, cada uno llega a ser “otro yo” del amigo. Es una idea parecida a la de Aristóteles cuando dice que el amigo es para nosotros como un espejo».²⁰

Estos conceptos también pueden aplicarse a la vida consagrada. En una familia religiosa, se

añade aún el vínculo con el fundador, fuente del amor entre sus hijos espirituales. Él es un reflejo de Dios para sus discípulos.

De hecho, varios institutos religiosos surgieron de la reunión de unos cuantos amigos y discípulos en tor-



Reproducción

El aprecio entre amigos, desde la perspectiva cristiana, no es más que un vestigio de la pericoreosis trinitaria, modelo divino de la verdadera amistad

San Pablo se despidió de los efesios -
Basilica de San Pablo Extramuros, Roma

Siglos más tarde, cabe destacar a Elredo, abad del monasterio cisterciense de Rievaulx, autor de la obra *De spirituali amicitia*, que le valió el epíteto de *Doctor Amicitiae* (Doctor de la Amistad). Al cristianizar la idea ciceroniana de amistad, estableció el valor

no a un maestro, a quien acudían por su fama de santidad. Entre muchos otros, podemos mencionar a San Antonio Abad, San Jerónimo, San Benito, San Francisco y Santa Clara de Asís, Santo Domingo de Guzmán. Otros formaban grupos de amigos que se reunían para hablar de sus ideales, como San Agustín, San Bernardo de Claraval, San Ignacio de Loyola, San Felipe Neri, San Juan Bosco. Todos ellos llevaban un estilo de vida sencillo, inicialmente sin reglas ni constituciones, pues ante todo vivían bajo la ley de la amistad.

Paradigma para la sociedad

Ninguna institución religiosa habría resistido al paso de los siglos sin ese fuerte vínculo con el fundador, fuente de vitalidad para cada instituto, ya que el anuncio del ideal de los fundadores se personifica y se convierte en punto de referencia y modelo.²¹ Para el religioso, ser fiel al carisma fundacional y progresar en las vías de la caridad, que no es otra cosa que la amistad de ágape, consiste en asimilar el espíritu del fundador²² y asemejarse a él, ser un «retrato» suyo.

Toda la humanidad está llamada a asemejarse al Padre, su fin último, por medio de la caridad en las relaciones humanas. Sin embargo, esto sólo es



Reproducción

En una familia religiosa, se añade aún el vínculo con el fundador, fuente del amor entre sus hijos espirituales y reflejo de Dios para sus discípulos

«San Benito admitiendo a San Mauro y San Plácido en la Orden Benedictina», de Lorenzo Monaco - Galería Nacional, Londres

posible cuando existe verdadera amistad, pues «quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn 4, 20). Por lo tanto, es necesario recuperar la amistad auténticamente cristiana, o sea, aquella que tiene como modelo el ágape del Hijo, cuyo amor alcanzó su culminación al dar «la vida por sus amigos» (Jn 15, 13).

Finalmente, cabe mencionar el papel de la Virgen. Fue por medio de María Santísima, amiga de los novios de las bodas de Caná (cf. Jn 2, 3-5), que Cristo salvó aquella fiesta nupcial. También será por medio de Ella que el divino Paráclito renovará la faz de la tierra, al restaurar en las almas la verdadera caridad. Sólo así todos llegarán a ser «*cor unum et anima una*» (Hch 4, 32). ✠

¹ CICERÓN, Marco Tulio. *De re publica*. L. I, c. 25, n.º 39.

² PLAUTO, Tito Macio. *Asinaria*. Act. II, c. 4.

³ El presente artículo se basa en la tesis de doctorado canónico en Filosofía (*magna cum laude*), por la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia (2020), del mismo autor, titulada: *Amistad en las órdenes religiosas: su fundamento filosófico y su contribución como ágape, en función del fundador*.

⁴ ARISTÓTELES. *Ética a Nicómaco*. L. VIII, c. 1.

⁵ Cf. *idem*. *Ética a Eudemo*. L. VII, c. 1-3.

⁶ CICERÓN, Marco Tulio. *De amicitia*, n.º 20.

⁷ *Ibid.*, n.º 23.

⁸ HENRY, Antonin-Marcel. «Introdução a “A caridade”». In: SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. 3.ª ed. São Paulo: Loyola, 2012, t. v, p. 287.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 23, a. 1.

¹¹ *Idem*. *De rationibus fidei*, c. v.

¹² BENEDICTO XVI. *Audiencia general*, 15/9/2010.

¹³ ARISTÓTELES. *Ética a Eudemo*. L. VII, c. 6.

¹⁴ BENEDICTO XVI. *Homilía*, 29/6/2011.

¹⁵ Del latín: «Un solo corazón y una sola alma en Dios (SAN AGUSTÍN. *Præceptum*. Pars I, c. I, n.º 2.).

¹⁶ Cf. ELREDO DE RIEVAL. *La amistad espiritual*. L. I, n.º 13. 2.ª ed. Burgos: Monte Carmelo, 2012, p. 12.

¹⁷ *Ibid.*, L. II, n.º 14, p. 36.

¹⁸ *Ibid.*, L. I, n.º 69-70, p. 28.

¹⁹ *Ibid.*, L. II, n.º 20, p. 38.

²⁰ WADELL, Paul Joseph. *La primacía del amor. Una introducción a la ética de Tomás de Aquino*. 2.ª ed. Madrid: Palabra, 2007, p. 139.

²¹ Cf. CIARDI, Fabio. *Los fundadores, hombres del espíritu. Para una teología del carisma de fundador*. Madrid: Paulinas, 1983, p. 300.

²² Cf. SAN JUAN PABLO II. *Vita consecrata*, n.º 36.

Dime con quién andas...

Las malas amistades son uno de los peores obstáculos para nuestra salvación. Pero ¿cómo distinguir a los malos amigos? ¿Cómo evitar dejarnos influir por ellos?

✠ Lucas Rezende de Sousa



T imaginemos que Dios nos ha concedido la posibilidad de crear. No un ser cualquiera, sino un hombre; no sólo un hombre, sino un amigo; no únicamente un amigo, sino el amigo ideal. Enseguida empezamos a reunir en él toda clase de cualidades: trato ameno, paciencia, inteligencia, fuerza de voluntad, las virtudes más variadas. Idealizamos a alguien que sea agradable, que nutra sentimientos similares a los nuestros y comparta con nosotros los mismos gustos.

Cuando estamos a punto de crear esa obra maestra, oímos a Dios decirnos que, de entre todas aquellas cualidades, nuestro amigo solamente podrá tener una. Perplejos, comenzamos el proceso

inverso, un doloroso despojamiento de tan deseados atributos. Al fin y al cabo, ¿qué elegiremos: paciencia o fuerza de voluntad, inteligencia o trato ameno?

Los franceses llamarían a esta situación *embarras du choix*, algo así como «el aprieto de tener que elegir».

La solución, no obstante, resulta muy sencilla si consideramos que un amigo es como un compañero de viaje. Aunque existiera una persona capaz de reunir en sí todas las características de un amigo ideal hasta el punto de ser casi un ángel, nunca la elegiríamos para que nos acompañara en un viaje si no contara con una específica: la de tener el mismo destino que nosotros.

Pues bien, en el más augusto de los viajes, el de la vida hacia la eternidad, cabe considerar con especial seriedad la elección de aquellos que nos harán compañía.

De lo contrario, puede ocurrir que amistades peligrosas, cuyos caminos difieren de los nuestros, nos conduzcan a otros destinos...

¿Malas amistades o veladas enemistades?

A alguien que dijera: «No tengo enemigos», le responderíamos con un antiguo pensador: «¿Acaso no tienes ningún amigo?». ¹ A veces, nuestros peores enemigos no están tan lejos como imaginamos, por lo que conviene también pedirle a Dios que nos proteja no sólo de los enemigos, sino también de los *malos amigos*.

Malos amigos: quizá sea difícil encontrar una combinación de palabras más desacertada e incoherente. ¿Es que un *amigo* puede ser *mal*? ¿Es acaso la amistad un oficio que pueda desempeñarse bien o mal? Obviamente, no. Más bien, forma parte de ese conjunto de realidades tan radicales que, una vez calificadas, cambian de especie: las virtudes. ²

En efecto, no llamamos injusticia a la «mala justicia», ni intemperancia a la «mala temperancia». El implacable «*in*» que antepone a estas palabras no indica deformación, sino negación: la *in-justicia* es la ausencia de justicia, como la *in-temperancia* lo es de templanza. Entonces, ¿por qué consideramos *mala amistad* algo que, en el fondo, es una «no-amistad», una *enemistad*?

A veces, nuestros peores enemigos no están tan lejos como imaginamos; conviene pedirle a Dios que nos proteja de los malos amigos

«Escena de taberna», de David Teniers - Galería Nacional de Arte, Washington



Francisco Leccaros



Reproducción

Recordemos esto: un mal amigo siempre se revela como enemigo de nuestra alma. Si le seguimos en su camino, podemos llegar a cualquier sitio menos al Reino de los Cielos: por su locura, pereceremos con él (cf. Eclo 8, 18 Vulg.).

Ahora bien, ¿cómo descubrir a los falsos amigos? Son como lobos con piel de oveja (cf. Mt 7, 15)... Muchos de ellos se camuflan prodigiosamente bien, es cierto, pero veamos algunos síntomas de la falsa amistad: son las garras y los dientes lupinos los que rasgan el disfraz.

Anestesista de la conciencia

Hay quienes consideran que la amistad consiste en ser cómplice. Según ellos, el verdadero amigo es aquel que hace la vista gorda ante los defectos ajenos. Si la conciencia se halla sensible o dolorida, basta con acudir a él: dispone de todos los «anestésicos». Su bondad y estima hacia nosotros llegan tan lejos que no se atreve a causarnos el más mínimo disgusto. Siguiendo esta lógica, su actitud se puede comparar con la de un médico que deja morir a su paciente en lugar de someterlo a la amargura de los remedios que podrían curarlo...

Pero la realidad es otra: la amistad existe para ser compañera de las virtudes, no de los vicios.³ El amigo de verdad es aquel que consuela en la prueba, sostiene en la aridez, ayuda en la virtud

El mal amigo, o mejor dicho, el enemigo disfrazado, prescinde de empleo: su medio de vida es la adulación; su salario, su propio amigo. Están presentes en los momentos felices, pues son excelentes compañeros en la alegría, pero rara vez lo son en la tristeza.

«El hijo pródigo gastando su dinero en una vida desenfadada», de Franz Christoph Janneck. En el destacado, «Los cambistas», de Marinus van Reymerswaele - Museo de Bellas Artes, Nancy (Francia)

y corrige de manera fraterna nuestros desvíos. Un buen consejo dado sabiamente y recibido con gratitud, aun cuando tenga el medicinal sabor de la reprimenda, une dos almas con vínculos más sólidos y resistentes que un diamante.

Buitre de los triunfos ajenos

El mal amigo, o mejor dicho, el enemigo disfrazado, prescinde de empleo: su medio de vida es la adulación; su salario, su propio amigo.

Sin embargo, no confundamos la lisonja o adulación con el elogio y el deseo de agradar. Por justicia, las buenas obras deben ser elogiadas, y no es pecado tratar de agradar a quienes conviven con nosotros. No obstante, esto no puede hacerse con la intención de obtener un beneficio.⁴

El adúlador queda muy bien ilustrado en una de las más célebres fábulas de Jean de La Fontaine. Estaba un cuervo subido a un árbol, con un trozo de queso en el pico, cuando se le acercó un zorro diciéndole: «Tenga el señor Cuervo muy buen día. De belleza es usted raro portento, y en verdad, si su acento corresponde al primor de su plu-

maje, de este bosque salvaje, el fénix debe ser».⁵ Y, sin dejar de elogiarlo, le pidió que cantara para oír su voz «maravillosa». El cuervo, creyendo que su graznido era una armoniosa melodía, abrió el pico para cantar, mientras veía caer el queso y ser atrapado por el zorro... El propio autor pone en boca del más astuto de los animales la moraleja de la historia: «Señor mío, sepa que todo lisonjero vive de quien le oye y recibe; y esta lección, sin que parezca exceso, vale muy bien un queso».⁶

Pero no sólo hemos de tener cuidado con los aduladores, sino también con esa clase de amigos demasiado ávidos de nuestros triunfos, siempre presentes en los momentos felices, pues los excelentes compañeros en la alegría rara vez lo son en la tristeza. En este sentido, con razón nos aconseja la sabiduría de Dios: «Si haces un amigo, ponlo a prueba, y no tengas prisa en confiarte a él. Porque hay amigos de ocasión, que no resisten en el día de la desgracia. Hay amigos que se convierten en enemigo, y te avergüenzan descubriendo tus litigios. Hay amigos que comparten

tu mesa y no resisten en el día de la desgracia» (Eclo 6, 7-10).

Alérgico a los fracasos: traidor

Ahora veamos el reverso de la moneda. Se dice que «el amigo cierto se distingue en la situación incierta». ⁷ Y podríamos añadir —con más motivo todavía— que el *falso amigo* se distingue en la situación incierta: su ausencia lo condena.

Desde esta perspectiva, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira ⁸ narró un hecho sumamente elocuente. En una ocasión, se encontraba en un restaurante y pudo observar a un joven que, triste y pensativo, conversaba con el dueño del local: «Cuando tenía las dos piernas —se lamentaba— vivía rodeado de amigos y era muy querido. Desde que perdí esta pierna, mis amigos me han abandonado».

¡Qué hombre tan desafortunado —se diría—, porque ha perdido a sus amigos! Pero analicémoslo: ¿qué clase de amigos eran esos? El verdadero amigo no es el que busca las dos piernas, sino el que busca llevar un alma al Cielo. Dichoso ese joven: al perder la pierna, se libró de los enemigos de su salvación. Además, el sufrimiento e incluso el aislamiento lo convirtieron en una persona madura, capaz de preguntarse por la razón de los hechos de su vida. Qué regalo de la Providencia: no le dio amigos, pero lo libró de sus enemigos.

Sin embargo, este episodio demuestra cómo los malos amigos nos aban-



Los malos amigos nos abandonan cuando más los necesitamos. Y su camino no termina ahí, pues, lamentablemente, un mal amigo es un traidor en potencia

«La expulsión del hijo pródigo», de Lambert Doomer

donan cuando más los necesitamos. Y su camino no termina ahí, pues, lamentablemente, un mal amigo es un traidor en potencia: «Incluso mi amigo, de quien yo me fiaba —exclama el salmista—, que compartía mi pan, ha levantado contra mí su calcañar» (Sal 40, 10). Basta con evocar la triste historia de Judas, el mal amigo por excelencia, que se atrevió a traicionar a Jesucristo con un cínico gesto de amistad, un beso vil e infame (cf. Mt 26, 48-49).

El remedio: saludable, eficaz, único

Cómplice, adulador, ávido de triunfos, alérgico a los reveses y traidor: he aquí algunos rasgos de la fisonomía moral de un mal amigo. No obstante, nada de esto constituye la esencia de una compañía nociva; se trata sólo de síntomas. Una amistad es perjudicial cuando nos desvía del camino del

Cielo. En otras palabras, quien nos lleva al pecado o nos aleja de la virtud es un mal amigo, o mejor dicho, un enemigo de nuestra alma.

Ahora bien, ¿cómo podemos evitar que las malas amistades nos influyan? Sólo hay un remedio: alejarnos de ellas.

El sentido común y la experiencia nos lo indican: una fruta podrida echa a perder a las demás. Y las Escrituras lo reiteran: «Un poco de levadura fermenta toda la masa» (1 Cor 5, 6); «El que toca la pez se mancha, el que se junta a un soberbio acabará siendo como él» (Eclo 13, 1).

Hasta la soledad es mejor compañía que un mal amigo, como dice el refrán: «Más vale estar solo que mal acompañado».

Todos podemos comprobar que el contacto con personas que nos llevan al pecado es uno de los obstáculos más peligrosos para la salvación. Consciente de ello, San Pablo ya exhortaba a los primeros cristianos: «No os engaños: “Las malas compañías corrompen las buenas costumbres”» (1 Cor 15, 33).

Si somos vigilantes respecto a nuestras amistades, sin duda nos encaminaremos, con el favor de la Santísima Virgen, hacia la amistad beatífica y eterna, pues, en cierto sentido, la vida de un hombre puede definirse por la calidad de los amigos que tuvo. No sorprendería oír de Dios en el juicio particular: «Dime con quién anduviste y te diré adónde vas». ✠

¹ Cf. PLUTARCO. *Cómo sacar provecho de sus enemigos*, 86C.

³ Cf. CICERÓN, Marco Tulio. *Laelius de amicitia*, c. XXII, n.º 83.

⁵ LA FONTAINE, Jean de. *Fábulas*. México-París: Grégoire, Tauzy & Cie, 1883, p. 15.

⁷ «*Amicus certus in re incerta cernitur*» (CICERÓN, *op. cit.*, c. XVII, n.º 64).

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 114, a. 1.

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *op. cit.*, q. 115, a. 1.

⁶ *Ibid*, p. 16.

⁸ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 12/10/1972.



La adulación: ¿un pecado?

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§ 2480 Debe proscribirse toda palabra o actitud que, por halago, adulación o complacencia, alienta y confirma a otro en la malicia de sus actos y en la perversidad de su conducta.

La adulación es una falta grave si se hace cómplice de vicios o pecados graves.

El deseo de prestar un servicio o la amistad no justifica una doblez del lenguaje.

La adulación es un pecado venial cuando sólo desea hacerse grato, evitar un mal, remediar una necesidad u obtener ventajas legítimas.

Este pasaje del catecismo señala los tres pecados interrelacionados: la adulación, el halago y la complacencia. Se centra en el primero, cuyo significado es «seducción por medio de falsas alabanzas». ¹ Su étimo latino, *adulari*, se remonta al acto de *acariciar*, especialmente a los animales. En el fondo, el adulador es un acariciador del ego ajeno.

Sin embargo, se plantea una cuestión fundamental: ¿es toda alabanza un acto pecaminoso? Santo Tomás de Aquino enseña que los elogios pueden ser lícitos o ilícitos, según las circunstancias.

Elogiar a alguien con el objetivo de servirle de consuelo en las tribulaciones, animarlo en sus esfuerzos o ayudarlo a progresar en el bien constituye un acto de caridad, conforme a la virtud de la amistad. ² Del mismo modo, es conforme a la razón honrar a los superiores por su dignidad o excelencias, mediante la virtud de la dulzura, que tributa honor a quien es debido. ³ El reconocimiento del mérito ajeno no sólo está permitido, sino que, en ciertos casos, es un deber de justicia.

En efecto, la amistad y la dulzura derivan de la virtud cardinal de la justicia, definida como «la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno su derecho» o «dar a cada uno lo que es suyo». ⁴

Desde esta perspectiva, es posible comprender la malicia del adulador, quien, aunque parezca obrar conforme

a la justicia al rendir honores, en realidad atenta contra ella al buscar ventajas personales de manera fraudulenta. Favorece la mentira al atribuir al prójimo cualidades inexistentes, exagerando otras o, peor aún, aprobando conductas reprobables. Es más, lesiona la justicia, que exige veracidad para la convivencia armoniosa entre los hombres. El reverso de la moneda es la destrucción, que adultera la verdad para perjudicar la reputación ajena.

Por el contrario, «aunque tenga como objeto principal agradar a aquellos con quienes convive», la virtud de la amistad «no tiene reparo en entristecer, cuando sea necesario, para conseguir un bien o evitar un mal». ⁵

Según la visión tomista, recogida por el catecismo, la adulación es siempre pecado mortal cuando atenta contra la caridad, aprobando o alentando el pecado grave del prójimo. En cambio, será pecado venial si está motivada por el deseo de agradar, evitar un mal o conseguir algo necesario. ⁶

Bajo la máscara de la cortesía, la adulación se cuela en la convivencia humana de forma astuta, casi impercep-

tible. Se impone la prudencia, pues «el hombre que adula a su amigo le tiende una trampa a los pies» (Prov 29, 5). Y las consecuencias pueden ser muy perniciosas: «Más daño hace la lengua del adulador que la mano del criminal». ⁷ El adulador no mata el cuerpo; mata la verdad y el alma. ✚

¹ SAN AGUSTÍN. *Sermón* 353, c. 1.

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 115, a. 1, ad 1.

³ Cf. *ibid.*, q. 103, *in toto*.

⁴ *Ibid.*, q. 58, a. 1.

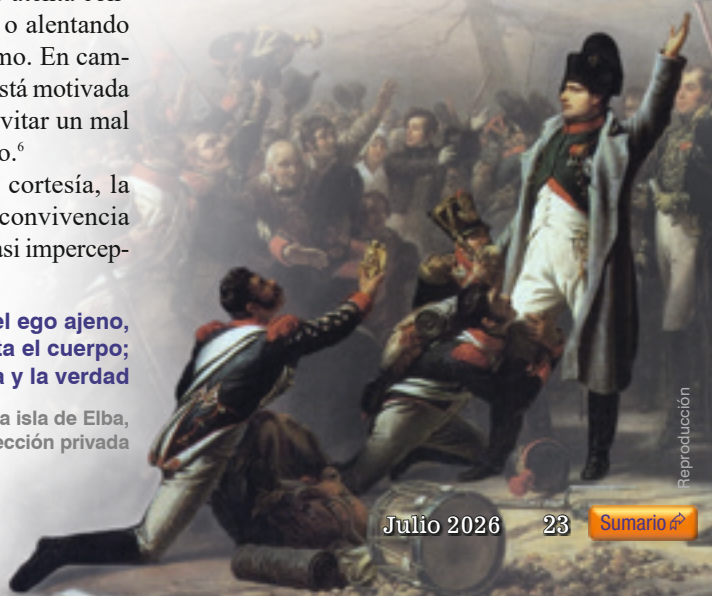
⁵ *Ibid.*, q. 115, a. 1.

⁶ Cf. *ibid.*, a. 2.

⁷ SAN AGUSTÍN. *Enarraciones in Psalmos*. Psalmum LXIX, n.º 5.

**Acariciador del ego ajeno,
el adulador no mata el cuerpo;
mata el alma y la verdad**

El regreso de Napoleón de la isla de Elba,
de Charles de Steuben - Colección privada





Delicada flor de las relaciones humanas

Las amistades siempre tienen repercusión ante la Providencia y en la historia, por insignificantes que parezcan a nuestros propios ojos. Así lo demuestran diversos ejemplos que han iluminado las páginas del Antiguo Testamento.



✠ Mariana Xavier Rosario

Al crearnos con instinto de sociabilidad, el divino Artífice imprimió en el alma humana la necesidad de la ayuda mutua. En la admiración recíproca por los dones recibidos por cada uno, estamos llamados a servirle mejor, amarle y alabarle.

Esa interdependencia no se reduce a mera conveniencia, sino que se revela como una realidad evidente e innegable. Nadie es, por sí solo, su propio maestro ni su propio médico; somos, por naturaleza, seres contingentes. Y

esa dependencia trasciende el plano material: en el ámbito sobrenatural, nos necesitamos unos a otros para recorrer el camino de la virtud y cumplir nuestra vocación.

En este vasto entramado de dependencias, la amistad surge como un apoyo sublime en la búsqueda de la santidad. El mismo Dios humano quiso disfrutar de la amistad de los Apóstoles (cf. Jn 15, 15) y de Lázaro (cf. Jn 11, 11), como íntimos suyos. Sin embargo, mucho antes de la Encar-

nación, el Antiguo Testamento ya nos ofrecía, en sus páginas, luminosas enseñanzas al respecto, entre las que destaca el siguiente pasaje del Eclesiástico:

«Un amigo fiel es un refugio seguro, y quien lo encuentra ha encontrado un tesoro. Un amigo fiel no tiene precio y su valor es incalculable. Un amigo fiel es medicina de vida, y los que temen al Señor lo encontrarán. El que teme al Señor afianza su amistad, porque, según sea él, así será su amigo» (6, 14-17).

Consideremos detenidamente cada una de estas frases, partiendo de tres ejemplos veterotestamentarios de verdadera amistad.

«Lo amó como a sí mismo»

La leal unión entre David y Jonatán llama la atención como el ejemplo de amistad más conocido en la Antigua Alianza.

El rey Saúl, padre de Jonatán, había prevaricado y traicionado su misión, razón por la cual el profeta Samuel le había advertido de que Dios elegiría a otro monarca en su lugar. Al percibir, pues, signos de predilección divina hacia David, quien de hecho había sido ungido por el profeta, Saúl se llenó de envidia y empezó a albergar un odio mortal contra él.

Jonatán, sin embargo, se había encariñado con David y lo amaba como



Leandro Souza

Al crearnos con instinto de sociabilidad, el divino Artífice imprimió en el alma humana la necesidad de la ayuda mutua. En la admiración recíproca por los dones recibidos, estamos llamados a servirle, amarle y alabarle.

Almuerzo en la Casa de Formación Thabor, Caieiras (Brasil)

a sí mismo (cf. 1 Sam 18, 1). Aunque la subida al trono del hijo de Jesé significara que perdería la corona, a la que tenía derecho por herencia, en ningún momento envidió a aquel a quien había tomado por amigo. Al contrario, le dijo: «Tú reinarás sobre Israel y yo seré tu segundo» (1 Sam 23, 17). Y no temió enfrentarse a su propio padre: avisó a David de los planes y estratagemas urdidos contra él, y lo protegió para que no fuera asesinado por Saúl.

A partir de frases de un diálogo entre Jonatán y Saúl, San Elredo de Rieval destaca la belleza de la actitud adoptada por el primero: «Cuando [Saúl] pronunció sentencia de muerte contra David, Jonatán salió en defensa de su amigo con estas palabras: “¿Por qué ha de morir David? ¿En qué ha pecado? ¿Qué ha hecho?”. [...] El rey loco de ira al oír esto, blandió su lanza contra Jonatán, con intención de matarle. [...] Y vomitando toda su ponzoña con ánimo de envenenar el corazón del joven, inyectándole el estímulo de la ambición, el aguijón de la envidia y el incentivo del celo y de la amargura, añadió: “Mientras viva el hijo de Jesé no estará seguro tu reino”. ¿Quién no hubiera vacilado ante tales palabras o hubiera sentido envidia? ¿Qué amor, qué bondad, qué amistad no habría quedado enturbiada, disminuida, borrada? Pero aquel joven tan amante, velando por los derechos de la amistad, se mantiene firme ante las amenazas, paciente en los insultos y, despreciando el trono por amor de su amigo, se olvida de la propia gloria y piensa sólo en la generosidad».¹ Despreciando la gloria y el poder, prefirió el honor de su amigo al suyo propio.

«Un amigo fiel es un refugio seguro, y quien lo encuentra ha encontrado un tesoro» (Eclo 6, 14). Podemos afirmar sin duda que Jonatán, cuya amistad era más preciosa para David que cualquier



Reproducción

Jonatán salvó no sólo la vida de su amigo, sino también a su descendencia, de la que siglos más tarde nacería el Mesías

Saúl ordena la muerte de David, y Jonatán le advierte al respecto, ilustración de la Biblia Morgan - Biblioteca Pierpont Morgan, Nueva York (Estados Unidos).

otro afecto terrenal (cf. 2 Sam 1, 26), salvó no sólo la vida de su amigo, sino también la de su descendencia, de la que siglos más tarde nacería el Mesías.

¡Una amistad más preciosa que siete hijos!

Si nos remontamos a la genealogía del Hombre-Dios, expuesta al principio del Evangelio de San Mateo (cf. Mt 1, 1-16), tal vez resulte extraño que Rut, bisabuela del rey David y una de las pocas mujeres mencionadas allí, no fuera judía, sino moabita. No obstante, mereció el honor de ser antepasada del Mesías, como se constata en su historia.

Rut —nombre hebreo que significa «amiga»— se casó con Mailón, hijo de una viuda judía llamada Noemí. Ésta también tenía un segundo hijo, Kilyón, casado con otra mujer moabita de nombre Orfá. Sin embargo, sucedió que ambos hijos de Noemí murieron, dejándola completamente sola. Resignada a su suerte, la anciana llamó entonces a sus jóvenes nueras e insistió en que regresaran con sus familias, donde podrían contraer nuevo matrimonio y comenzar una nueva vida.

Orfá se entristeció mucho, pues estaba a su suegra, pero al final aca-

bó marchándose. Rut, en cambio, no quiso abandonarla y le respondió: «No insistas en que vuelva y te abandone. Iré adonde tú vayas, viviré donde tú vivas; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; moriré donde tú mueras, y allí me enterrarán. Juro ante el Señor que sólo la muerte podrá separarnos» (Rut 1, 16-17). Así pues, abandonando su nación y sus costumbres, se puso al servicio de Noemí.

Desde ese momento, la compañía de Rut pasó a ser la herencia de su suegra. Y Dios recompensó tal acto de generosidad concediendo a Rut que se casara con un pariente acaudalado de Noemí, llamado Booz, y diera a luz un hijo. Así, la tristeza de la virtuosa viuda se transformó en consuelo, como narra la Sagrada Escritura: «Las mujeres dijeron a Noemí: “Bendito sea el Señor, que no te ha dejado sin protección. El nombre del difunto seguirá vivo en Israel. El niño será tu consuelo y amparo en la vejez, pues lo ha dado a luz tu nuera, que te quiere y ha demostrado ser para ti mejor que siete hijos”» (Rut 4, 14-15).

La amistad leal y desinteresada de Rut hizo honor, finalmente, al elogio del Eclesiástico: «Un amigo fiel no tiene precio y su valor es incalculable» (Eclo 6, 15).



Reproducción

**La amistad leal y desinteresada de Rut hizo honor al elogio del Eclesiástico:
«Un amigo fiel no tiene precio y su valor es incalculable»**

Noemí y Rut, de Julius Schnorr von Carolsfeld

«El espíritu de Elías se ha posado sobre Eliseo»

Al recorrer un poco más las páginas de la historia de Israel, nos encontramos con las figuras de Elías y Eliseo, no sólo unidos por un vínculo de maestro y discípulo, sino como dos almas atraídas por el mismo fuego del celo divino, fundidas en una alianza de inquebrantable amistad.

Respecto a Elías, las Escrituras afirman: «Dichosos aquellos que te han visto y se han engalanado con tu amistad» (Eclo 48, 11 Vulg.), lo cual se aplica muy especialmente a Eliseo, quien no sólo convivió con él, sino que también se puso a su servicio en una relación de profunda afección.

El llamamiento de Eliseo a la misión profética, narrado en el Primer Libro de los Reyes, revela la prontitud de un espíritu que, al encontrar un verdadero amigo, lo abandona todo sin dudarlo. Estaba trabajando en el campo cuando Elías se acercó y echó su manto sobre su elegido. Éste, dejando inmediata-

mente el arado, corrió tras quien así lo tomaba para sí y, después de despedirse de sus familiares, partió para servirlo, abrazando una comunión de vida (cf. 1 Re 19, 19-21). Eliseo encontró en Elías un «otro yo».

Caminando juntos, tres veces le ordenó Elías que lo dejara seguir solo, y las tres veces recibió la misma negativa: «¡Vive Dios! ¡Por tu vida, no te dejaré!» (2 Re 2, 2.4.6). La adhesión, llena de afecto, de Eliseo a Elías no dejó de crecer día a día, como lo demuestra claramente el episodio del rapto de este gran profeta en un carro de fuego (cf. 2 Re 2, 11-12). El relato bíblico revela la angustia ante la inminente separación de aquellos que eran una sola alma y un solo corazón.

Gracias a esta amistad auténtica, puesta a prueba en la comunión de ideales, Eliseo heredó una doble porción del espíritu de Elías, razón por la cual la comunidad de los profetas, al verlo separar las aguas del Jordán, exclamó: «El espíritu de Elías se ha po-

sado sobre Eliseo» (2 Re 2, 15). He aquí un sello tangible de la unión de esas dos almas.

«Un amigo fiel es medicina de vida, y los que temen al Señor lo encontrarán. El que teme al Señor afianza su amistad, porque, según sea él, así será su amigo» (Eclo 6, 16-17). Eliseo, por su celo en el amor, se convirtió en otro Elías, inmortalizando aquel vínculo en la comunión con el espíritu de su maestro.

La seriedad de las relaciones humanas

Estos ejemplos de verdadera amistad nos muestran cómo ésta constituye la cúspide de las relaciones humanas, llegando a ser a menudo necesaria para el cumplimiento de los designios divinos en la historia.

En efecto, de no haber sido por la fidelidad de Rut a Noemí, el rey David no habría nacido y el linaje del Mesías se habría interrumpido. El propio David quizá ni siquiera habría subido al trono de no ser por la leal amistad de Jonatán. ¿Y qué habría sido de los israelitas si no hubieran existido Elías y Eliseo para transmitirles la palabra de Dios y liberarlos del pecado de la idolatría? Es más: la amistad entre ambos constituyó el primer *filón elíático*, que, germinado entre los profetas del monte Carmelo, floreció siglos después en la orden del Carmen.

Se comprende, pues, la seriedad de nuestras relaciones con el prójimo, las cuales repercuten —en mayor o menor medida según la vocación de cada uno— ante la Providencia. Que por intercesión de la Santísima Virgen se establezca cuanto antes entre los hombres una relación impregnada de mutuo respeto y afecto leal y vigoroso, que debe caracterizar la era marial prometida por Ella en Fátima. ✠

¹ SAN ELREDO DE RIEVAL. *La amistad espiritual*. L. III, n.º 93-94. 2.ª ed. Burgos: Monte Carmelo, 2012, pp. 94-95.



¿Qué es más meritorio: amar a un enemigo o a un amigo?



✠ P. Cyril Avinash, EP

La venida de Nuestro Señor Jesucristo y la revelación del mandamiento del amor transformaron profundamente las relaciones humanas. Hasta entonces, la justicia se limitaba al rigor de la ley del talión: «Ojo por ojo, diente por diente» (Éx 21, 24). Al pronunciar las divinas palabras: «Haced el bien a quienes os odian» (cf. Lc 6, 27; Mt 5, 44), el Maestro elevó la convivencia entre los hombres a un nivel sin precedentes, trascendiendo la mera reciprocidad.

Considerando esto, cabría pensar que es más meritorio amar a un enemigo que a un amigo. La experiencia cotidiana atestigua la dificultad de esta tarea... El propio Señor pregunta: «Amad a vuestros enemigos [...]. Si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis?» (Mt 5, 44.46). Por lo tanto, parecería lógico concluir que aquello que exige mayor esfuerzo también sea más meritorio.

En un artículo dedicado a este tema (cf. *Suma Teológica*, II-II, q. 27, a. 7), El Aquinate plantea la pregunta inversa: ¿qué sería peor, odiar a un amigo o a un enemigo? La respuesta no deja lugar a dudas: odiar a un amigo, que nos es más cercano y nos ama, constituye una falta mucho más grave. Por simetría, el Doctor Común concluye con toda sencillez: «Es más adecuado amar al mejor»,

pues el amigo que nos ama es mejor que el enemigo que nos odia, y lo que es mejor es, necesariamente, más meritorio.

Alguien podría objetar que el amor a los amigos suele estar contaminado por el egoísmo, los intereses personales, el hedonismo, etc., mientras que el amor al enemigo exige el amor a Dios como motivo único. El Doctor Angélico reconoce que esta objeción tiene fundamento, y añade que el amor a Dios se revela más intenso cuando dilata el corazón humano para abarcar incluso objetos

más alejados, como los enemigos, «de la misma manera que se manifiesta más ardiente la fuerza del fuego cuanto más lejos difunde su calor». Esta expansión requiere, obviamente, mayor «combustible», a saber, la virtud de la caridad.

El Aquinate se pregunta además: ¿qué decir del amor a un amigo fundado en el amor a Dios? Retomando la misma metáfora, observa que el fuego actúa con mayor fuerza sobre lo que está más cerca que sobre lo que está más lejos. De modo análogo, la verdadera caridad nos hace amar con

más ardor a los allegados que a los extraños. Este amor no sólo es más ferviente, sino que también es más meritorio, pues tiene a Dios mismo como causa, y no al simple afecto humano.

Partiendo de estas consideraciones, Santo Tomás nos ofrece una valiosa lección: el amor a los amigos, cuando se limita a la mera camaradería, carece de mérito sobrenatural. Sin embargo, si amamos al prójimo con verdadera caridad, no solamente alcanzaremos la plenitud de la gracia de Dios —«el amor es el vínculo de la perfección» (cf. Col 3, 14)—, sino que también seremos dignos herederos de los primeros cristianos, objeto hasta de exclamación entre los propios paganos: «Mirad cómo se aman» (Tertuliano, *Apologeticum*, c. xxxix, n.º 7). ✠



Saliko (CC by 3.0)

Con el mandamiento del amor, el Señor elevó la convivencia entre los hombres a un nivel que trasciende la mera reciprocidad

El encuentro de Santo Domingo y San Francisco, de Fra Angélico - Gemäldegalerie, Berlín



La alegría de hacer el bien

El respeto, la bondad y el altruismo parecen estar cada vez más ausentes de las relaciones humanas. En consecuencia, la alegría de la convivencia se va haciendo escasa... ¿Qué podría devolverle a la sociedad la dulzura de vivir?

✎ Plinio Corrêa de Oliveira

El tema del trato caballeresco me hace recordar una serie de cosas de mi infancia, cuando la cuestión de las relaciones humanas y la vida en sociedad comenzaba a aflorar en mi espíritu.

La amistad en tiempos pasados

Mi madre solía contar historias de conocidos que eran amigos de verdad, hasta resultar asombroso. Narraba, por ejemplo, lo que le ocurrió a mi abuelo.

Él había heredado unas tierras en el interior de São Paulo. En aquel entonces —hace más de cien años—, Pirassununga, Araraquara, São Carlos, esas regiones que están tan cerca de nosotros, eran todavía zonas agrestes.

Mi abuelo decidió fundar una hacienda. Sin embargo, como se había educado en la ciudad de São Paulo, no tenía ni idea de las cosas del campo. Un amigo suyo de la niñez, que tenía negocios en la zona, pasó por la propiedad de mi abuelo, vio que estaba mal organizada y fue a hablar con él. Ambos se trataban por sus apodos de la infancia: al amigo, que se llamaba Estanislau, le decían Lalau; y a mi abuelo, Antonio, Totó.

Lalau le dijo a Totó:

—Mira, Totó, ¡tu hacienda es una vergüenza! Tienes que comprarme otros tantos esclavos¹ y olvídate de tu hacienda, no aparezcas por allí, no me preguntes nada. Solamente, cada año, dame un cheque con tal cantidad para pagar los gastos. Al cabo de cinco años, te devolveré una hacienda plenamente desarrollada, con una plantación de café en producción y una cuenta bancaria abierta por mí a tu nombre, con las ganancias obtenidas.

A mi abuelo le pareció una idea muy interesante; compró los esclavos,

se los entregó a Lalau y no volvió a intervenir en los asuntos de la hacienda. Ni siquiera hablaban del tema. Una vez cumplido el plazo, Lalau —que, por cierto, era un barón del imperio— fue a ver a mi abuelo y le dijo:

—Mira, Totó, vamos a echarle un vistazo a tu hacienda. Está lista, te alegrará verla.

Fueron juntos, y era una maravilla, todo floreciente. Entonces mi abuelo quiso pagarle por ello, pero Lalau respondió:

—Ni me lo menciones, ¡está prohibido! Porque lo he hecho por amistad hacia ti.

Yo miraba a mis compañeros y me preguntaba: «¿Quién hace eso hoy en día?». En mi infancia, o se pagaba muy bien —y aun así se revisaban las cuentas, para comprobar que no había habido robo—, o aquello terminaba en desastre. Y me quedaba con esta pregunta en mi cabeza: «¿Se acabó la época de los amigos?».

Conversaciones envueltas en un respeto especial

Yo observaba a las personas mayores, de la edad de mis padres y, sobre todo, de mis abuelos, y notaba lo diferente que era su forma de relacionarse: se trataban con un respeto que en mi generación ya no existía.

Mi abuela tenía una amiga con quien mantuvo amistad hasta el final de su vida. Eran dos señoras notablemente



«Yo observaba a las personas mayores, de la edad de mis padres y, sobre todo, de mis abuelos, y notaba lo diferente que era su forma de relacionarse: se trataban con un respeto que en mi generación ya no existía»

El Dr. Antonio y Dña. Gabriela, abuelos maternos del Dr. Plinio

te hermosas, no sólo porque tenían un rostro bien proporcionado —como el de una muñeca de cristal—, sino también por ser muy refinadas, elegantes.

Se habían conocido cuando eran unas muchachas. Sus casas, en la diminuta São Paulo de aquellos tiempos, estaban relativamente cerca. No había teléfono, y una joven solamente podía salir a la calle con alguien de la familia; sola, jamás. Así que, como a menudo tenían muchas ganas de verse y no había quien las acompañara, a una hora fijada se asomaban a la ventana de sus respectivas casas, con unos prismáticos, y se hacían señales, se comunicaban por gestos, conversaban.

Más tarde, las dos se convirtieron en hacendadas en el interior de São Paulo y pasaron unos años sin verse, pues sus propiedades estaban muy distantes una de la otra. Posteriormente, sus maridos volvieron a vivir a São Paulo y ellas retomaron su amistad.

Las conocí cuando ya eran muy mayores. Esta señora visitaba a mi abuela todas las semanas, un día fijo. Se sentaban y empezaban a charlar. Normalmente, aparecía algún miembro de la familia y participaba un poco en la conversación, pero enseguida se retiraba, porque a ellas les gustaba hablar de cosas de su época y de sus recuerdos. Lo más considerado era dejarlas a solas.

Pero a mí me apenaba, pues quería escuchar su conversación —¡tan entretenida todo el rato! Cuando terminaba la visita, se despedían de una manera tan festiva, tan solemne, tan bonita, que daba gusto verlo. En más de una ocasión entré en el salón para ver a las dos despedirse.

Transformaciones en las formas de cortesía

En mi familia formábamos un círculo de primos y manteníamos conversaciones muy animadas, pero ya no eran como las de antiguamente. Percibía esa diferencia y me preguntaba: ¿qué había desaparecido para que la convivencia



Archivo Revista

«En mi generación, la gente se trataba con pulidez, pero ésta era muy común, un tanto cinematográfica; la auténtica cortesía estaba muriendo, para dar paso simplemente a un trato correcto, pero sin las dulzuras de antaño»

El Dr. Plinio en 1992

hubiera cambiado tanto? Tuve que analizarlo bastante para saber qué responder.

Lo primero que se me ocurrió fue que, en mi generación, la gente se trataba con pulidez, pero ésta era muy común, un tanto cinematográfica. La auténtica cortesía estaba muriendo, para dar paso simplemente a un trato correcto, pero sin las dulzuras de antaño.

Una vez, leyendo un libro francés escrito por un historiador sumamente interesante, Gosselin Lenôtre, *Gens de la Vieille France* (Gente de la Vieja Francia), me topé con una frase de Talleyrand: «Quien no vivió antes de la Revolución francesa no conoció la dulzura de vivir».

Pensaba para mis adentros: «¡Exactamente! Esas ciudades con fábricas, tranvías, automóviles, cláxones, luz eléctrica —la pequeña São Paulo ya tenía todo eso, a menor escala; sólo le faltaban aviones—, ajetreo, trenes y todo lo demás... Es imposible que en ese ambiente exista la *douceur de vivre* de otrora».

La alegría de causar alegría

Sin embargo, se planteaba una cuestión: ¿cómo aquellas personas sentían

la vida y conseguían obrar así? ¿Cuál era su forma de ser? ¿Por qué se acabó todo eso? Un niño, observando las cosas desde este lado, se veía naturalmente llevado a hacerse estas preguntas.

En casa de mi abuela había un jardín grande. Los jueves, todos los niños se reunían allí, corrían, se divertían, etc. Un tío mío llegaba justo cuando la animación alcanzaba su apogeo y entonces el juego se detenía y —en aquella época, no se toleraban ciertas faltas de educación— todos los niños iban a besarle la mano a ese tío y a preguntarle cómo estaba.

Le producía un placer especial traernos, de vez en cuando, paquetes de grageas extranjeras rellenas de jalea de frutas, deliciosas. Si no las traía, lo tratábamos igual. Pero yo notaba que le agradaba vernos contentos. Entre tener unos cuantos billetes de más en la cartera o haber causado esa alegría, por el efecto que ésta tenía en él, mi tío obtenía un placer que estaba dispuesto a pagar.

A veces yo era testigo de pequeños gestos de amabilidad por parte de las personas mayores. Por ejemplo, recuer-

do a un señor que vino a visitarnos a casa. Entró con dos flores de cactus preciosas y dijo: «He encontrado esto en una floristería por la que he pasado. Son muy bonitas y quizá le gusten a usted»; y se las entregó a la dueña de la casa, su cuñada, que se quedó muy contenta y mandó que las pusieran en un pequeño jarrón cerca de ella. Percibí lo mucho que se alegró al saber que la señora pasaría el resto de la tarde contemplando aquellas flores. Independientemente de cualquier retribución, lo que le satisfacía era ver contento al otro.

Era un sentimiento que respondía a un hábito social, que consistía en la alegría de causar alegría, la satisfacción de causar satisfacción. Se trataba de una solidaridad que vinculaba una criatura a otra, por la cual el dolor de una dolía a la otra, lo que contentaba a una complacía a la otra. La *douceur de vivre* estaba arraigada, consolidada.

Extinción de la reciprocidad e implantación del egoísmo

Al mirar hacia el pasado, me daba cuenta de lo fuerte que era ese sentido de reciprocidad en las generaciones anteriores, y tanto mayor cuanto más se retrocedía en el tiempo. En mi generación, ya casi había desaparecido; en nuestros días, se ha extinguido por completo.

Cuando ocurre un accidente en la carretera, por ejemplo, a veces se pide a los conductores que se detengan para que lleven al herido en su coche. Conozco el caso de uno que dio esta respuesta: «Mi automóvil es nuevo y su sangre lo va a manchar. No quiero». Y siguió su camino.

Wolfgang Sauber (CC by-sa 3.0)



El Señor pasó por la vida haciendo el bien, y nos enseñó aquello de lo que Él mismo daba ejemplo: Dios es bondad, compasión, solicitud hasta la muerte en la cruz por nosotros

Vitral de la iglesia de San Juan Bautista, Cardiff (Reino Unido)

Así pues, se ha establecido un clima moral totalmente distinto, donde esa reciprocidad, el deseo de favorecer por el bien que siente el otro, desaparece. Del mismo modo, el respeto se disipa: la alegría porque el otro es superior, por mostrarle reverencia, por honrarlo.

Se ha perdido toda satisfacción de hacer el bien; por el contrario, se ha convertido en algo desagradable. Siendo así, poco importa ver a los demás consumirse y arruinarse si uno consigue su propio bien.

¿Cómo puede ser agradable una conversación entre dos personas si cada una sabe que la otra tiene esas ideas sobre sí misma? Es imposible no percibir cierta melancolía en el trato de hoy día. Hay una constante agitación nerviosa, pero la alegría por la felicidad del otro ha desaparecido. ¿Cómo se explica que eso existiera durante un tiempo y luego dejara de existir?

Con Nuestro Señor, la alegría comenzó a irradiarse en la tierra

Hubo alguien que entró en la historia. Cuando esto sucedió, el mundo entero era una noche igual a la que acabo de describir; Él resplandeció, y el gusto por ser bueno y hacer el bien empezó a brillar entre los hombres. El placer de respetar e incluso venerar, de dedicarse, de sacrificarse; el contentamiento de hacer el bien, de saber que el otro ha quedado satisfecho, aun cuando éste no se percatara de quién lo ha favorecido; todo esto comenzó a irradiarse en la tierra por alguien designado con tres palabras: Nuestro Señor Jesucristo.

San Pedro emplea una fórmula que cuando la leí se me quedó grabada como una fulguración, y jamás se borró de mi espíritu. Describió la vida del Señor con esta síntesis latina: «*pertransiit benefaciendo*» (Hch 10, 38), pasó por la vida haciendo el bien. Todo el tiempo, de principio a fin, haciendo el bien, sin mirar nada más que a la alegría de hacer el bien, con el desbordamiento, la abundancia que todos conocemos. Alcanzó el auge de, cuando fue preso en el huerto de los olivos, ordenarles a los verdugos: «Dejad marchar a estos» (Jn 18, 8). ¡Eran los discípulos los que huían! No deberían haber huido, pero huyeron. Sin embargo, el perdón fue tal que sólo tuvo estas palabras: «Dejad marchar a estos».

Es más: San Pedro le cortó la oreja a Malco. Jesús se inclinó, recogió la oreja del suelo y se la volvió a colocar a ese que lo estaba arrestando para someterlo a un juicio injusto y matarlo de la manera más cruel que se pueda imaginar.

Es más: San Pedro le cortó la oreja a Malco. Jesús se inclinó, recogió la oreja del suelo y se la volvió a colocar a ese que lo estaba arrestando para someterlo a un juicio injusto y matarlo de la manera más cruel que se pueda imaginar.

Nuestro Señor enseñó y reveló aquello de lo que Él mismo daba ejemplo: Dios es la bondad, la majestad infinita, el esplendor sin fin, la perfección insondable, la omnipotencia; pero también la misericordia, la compasión, el perdón repetido una y otra vez con afecto, el cuidado solícito hasta la muerte en la cruz por nosotros.

Jesucristo nos amó y nos ama así. Fundó una Iglesia que es la suma de todas las perfecciones y de todas las maravillas, incluso en medio de las tristezas del siglo xx: cuanto más las conocemos, más la admiramos.

Por lo tanto, a través de su enseñanza, nos ha revelado que tenemos ese Padre común, ese Dios que nos ama así.

Haciendo el bien al prójimo, alegramos a Jesucristo

Eso les dio a los hombres la idea de que todos somos uno en Él, participamos de sus sentimientos y de sus disposiciones, y de este modo, al hacer el bien al otro, le alegramos.

Santa Catalina de Siena tuvo que cuidar una vez de una leprosa. Le llenó de satisfacción el causarle contento a esta enferma; es más, sabía que Nuestro Señor Jesucristo se alegraba en el Cielo al ver a aquella desdichada hija sonreír, feliz, con sus labios descarnados. El Redentor amaba a la hija leprosa, tenía pena de ella y se complacía cuando otra hija, a quien Él había concedido la salud, la consolaba.

Así nace el placer de respetar. A otra mujer, que era neurasténica y tenía un carácter insoportable, la santa la llamaba «madre mía».

Todo esto, en conjunto, hace crecer en los hombres la satisfacción bien ordenada de sentir la alegría de los demás, el placer de dar, de sacrificarse, de inmolarse, de aflojar las garras del egoísmo, del amor propio, del orgullo, mediante un gesto, una cortesía. Una palabra delicada a veces transforma a una persona, especialmente cuando no tenemos ganas de decirla, pero lo hacemos para servir a la Santísima Virgen.

Una convivencia feliz, con el aroma de Nuestro Señor Jesucristo

Los paganos, en tiempos del Imperio romano, miraban a los católicos y se decían entre ellos: «¡Mirad cómo se aman!». Es el buen aroma, la luz de Nuestro Señor Jesucristo, que ilumina y lo modifica todo.

Les doy un consejo: ¿quieren tener felicidad verdadera en el alma y la luz de Nuestro Señor Jesucristo ante sus ojos? ¿Desean sentir en el aliento de sus almas su aroma? Sacrifíquense y alégrense de ver que los otros están contentos gracias a ese sacrificio.

No esperen recompensa. Quien hace el bien a los demás a causa de obtenerla pretende hacer un negocio. Prepárense más bien para la ingratitud, el desprecio, el maltrato, y díganse: «Lo he hecho para que esa persona se sintiera un tanto satisfecha. Nuestro Señor y su

Santísima Madre han sido glorificados, porque ha tenido un instante de alegría auténtica. Eso algún día redundará en beneficio de su alma. ¡Voy a hacerlo más veces!».

Cuando quieran darse cuenta, el aroma de la convivencia estará impregnado de bálsamo, perfumado y será agradable. Será Cristo, nuestro Señor, quien se haga presente. ✚

Extraído, con adaptaciones al lenguaje escrito, de: *Conferencia*.

São Paulo, 10/6/1985.

¹ La abolición de la esclavitud en Brasil se dio el 13 de mayo de 1888. Por lo tanto, en la época del hecho narrado, la mano de obra en las grandes plantaciones de café de São Paulo aún no era libre.



Reproducción

Para tener la verdadera felicidad en el alma y la luz de Nuestro Señor ante los ojos, uno debe sacrificarse por los demás sin esperar recompensa

«Santa Catalina de Siena y el mendigo», de Giovanni di Paolo - Museo de Arte de Cleveland (Estados Unidos)



Una pizca de sal en la dulzura de vivir

En la Francia de antaño, la pulidez no era una costumbre artificial ni pretenciosa, sino la traducción del respeto, la elegancia y la benevolencia a los pequeños detalles de la vida cotidiana. De ese trato ameno no se excluía, sin embargo, una buena dosis de ingenio.

✎ P. Felipe de Azevedo Ramos, EP



Tras los amargos años de la Revolución francesa (1789-1799), el diplomático Talleyrand, al contemplar el desmoronamiento del Antiguo Régimen, dejó un nostálgico testimonio: «Quien no ha vivido en el siglo XVIII, antes de la Revolución, no conoce la dulzura de vivir».¹

Sin cerrar los ojos a las sombras del régimen absolutista francés de los siglos XVI al XVIII, es necesario reconocer uno de sus grandes legados: el refinamiento de las buenas maneras, es decir, la pulidez. Ésta, como su propio nombre evoca, pule y barniza las acciones, las palabras y los comportamientos. Trasciende la mera etiqueta al simbolizar, en el trato humano, su esfuerzo por suavizar las asperezas de la convivencia y promover la civilidad.

En el *Ancien Régime*, París era el faro del mundo, la Ciudad de la Luz que irradiaba cultura a todo el orbe. Allí, la buena educación impregnaba desde los grandes salones palaciegos hasta las aldeas y sus interacciones cotidianas. Se cuenta que Goethe, el escritor alemán más famoso, al entrar en una pequeña tienda de Longwy, en el noreste francés, fue acogido con tal deferencia por la dependienta que, consciente de sus modales menos «dulces», se vio impulsado a elevar el nivel de corte-

sía para estar a la altura de la gentileza de su interlocutora.² De manera análoga, un noble austriaco, también de viaje por Francia, observó que el cochero llevaba consigo una obra del literato Corneille. Admirado, exclamó: «¡Qué país! ¡Qué pueblo! ¡Los cocheros leen a los clásicos!».³

De hecho, la Francia de antaño destacaba tanto por su refinamiento que sus costumbres chocaban con las de otras naciones menos habituadas a la *douceur de vivre*. No sin picante, el sardónico Montesquieu soltó: «Los ingleses están muy ocupados; no tienen tiempo de ser educados».⁴ Parece que, por lo demás, la agenda del escritor francés andaba también bastante apretada...

Ornato de las virtudes

En aquellos tiempos dorados, la cortesía se entrelazó con la civilización occidental. Contrariamente a lo que suele imaginarse, la pulidez no era una costumbre artificial ni pretenciosa, sino la traducción del respeto, la elegancia y la benevolencia a los pequeños detalles de la vida cotidiana. Es innegable que las buenas maneras pueden degenerar en hipocresía, máscara de la virtud. Incluso los sinvergüenzas son capaces de exteriorizar cierta civilidad... pero el abuso no excluye el uso.

La cortesía era, ante todo, el ornato de las virtudes. Estaba imbuida de la caridad fraterna preconizada en las Escrituras: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lev 19, 18; Mt 22, 39). Por ello, en respuesta a los hipócritas, los franceses acuñaron la expresión *pulidez del corazón* para indicar que la civilidad brota del interior, de una vida virtuosa. Ahora bien, la «ciencia de las buenas maneras» se revela «indispensable para la felicidad y la virtud de los hombres».⁵ Y como bien definió el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, «la cortesía es la musicalidad de las relaciones humanas».⁶ En resumen, la virtud se asemeja a un cuadro cuyo marco se llama pulidez.

Cristo: modelo de buena educación

En el arte de convivir, la humildad es piedra angular y antídoto contra el egoísmo y la incivilidad. Cristo nos dio la lección de su propia vida: era «manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29) y el «Maestro de la humildad».⁷ Antes de enviar a los Apóstoles a predicar, «instituyó doce para que estuvieran con Él» (Mc 3, 14). Jesús quiso, ante todo, convivir. Así pues, el Verbo no se encarnó exclusivamente para rescatar a la humanidad del pecado, sino también para traer una nueva forma de vida (cf. Hch 5, 20).

Con razón Balzac comentó que «la verdadera pulidez presupone el pensamiento cristiano; es como la flor de la caridad, y consiste en olvidarse realmente de uno mismo».⁸ Hay en la urbanidad una dimensión casi litúrgica: armoniza la abnegación, la bondad y la reverencia, transformando lo cotidiano en un ritual de elevación mutua. Como las rúbricas de un misal, las reglas de cortesía refrenan el individualismo, ensalzan las acciones y nos exhortan a lo sublime.

La pulidez convive con la gracia

No obstante, es necesario que la pulidez lleve las riendas de la firmeza: «Lo cortés no quita lo valiente», señala el proverbio español. Así, la *dulzura* de vivir a veces necesita cierta *pizca de sal* para sazonar la convivencia con sabores, digamos, más intensos... En este sentido, exhorta el Apóstol: «Vuestra conversación sea siempre agradable, con su pizca de sal, sabiendo cómo tratar a cada uno» (Col 4, 6). Una convivencia meramente protocolaria resulta insulsa. Para que se vuelva agradable, necesita ser sazonada con gracia, ligereza y un toque de jovialidad.

Un episodio protagonizado por Napoleón III (1808-1873) ilustra que la cortesía, cuando carece de sabiduría, se vuelve insípida. En cambio, la «sal», dosificada con moderación, es el condimento ingenioso de las ensaladas de la vida.⁹

Un día, al regresar exhausto a sus aposentos, el emperador se irritó por las constantes quejas de su esposa Eugenia. En un arranque de provocación, le espetó:

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y un espejo?



Reproducción

Hay en la urbanidad una dimensión casi litúrgica: armoniza la abnegación, la bondad y la reverencia, transformando lo cotidiano en un ritual de elevación mutua

Saludo en el siglo XVIII, de Jules Marie Auguste Leroux

—No —respondió ella.

—Que el espejo refleja y tú no...

La emperatriz no se quedó corta:

—Bien, ¿y sabes cuál es la diferencia entre tú y un espejo?

Ante la intrigada negativa de su marido, Eugenia remató:

—Que el espejo está pulido y tú no.

Tras la «salada» pero bienhumorada discusión, ambos se sonrieron dulcemente...

Recuperar el sabor de la convivencia

Dejemos atrás la Francia de antaño y volvamos a nuestros días, época de prisas, de irreverencia, de encuentros

cada vez más mediados por la tecnología. ¿Queda aún espacio para la pulidez? ¡Más que nunca!

A través del buen trato, es posible recuperar el sabor original de la convivencia humana. Ésta no se ha de alimentar jamás de la amargura, fruto de tantos pecados, especialmente la envidia. Tampoco de la acidez, consecuencia directa de uno de los pecados capitales de nuestro siglo: la impaciencia.

La receta consiste en restaurar la sabiduría, una virtud cuyo étimo se remonta precisamente a la palabra *sabor*. Corresponde al sabio ordenar, dar sabor a las cosas según la justa medida: a veces endulza, a veces sala... ✦

¹ TALLEYRAND-PÉRIGORD, Charles-Maurice. *La confession*. Paris: L. Sauvaitre, 1891, p. 57.

² Cf. LENÔTRE, G. «Réveries d'après guerre sur des thèmes anciens. La douceur de vivre». In: *Revue des Deux Mon-*

des. Paris. Año XXXIX. N.º 2 (15 mayo, 1917); p. 362.

³ *Ibid*.

⁴ MONTESQUIEU, Charles de. «Pensées diverses». In: *Œuvres*. Paris: Dalibon, 1827, t. VI, p. 311.

⁵ LENÔTRE, *op. cit.*, p. 359.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Musicalidade das relações humanas». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XIX. N.º 224 (nov, 2016); p. 2.

⁷ BOSSUET, Jacques-Bénigne. «Abrégé d'un autre sermon pour le troisième dimanche de l'Avent». In: *Sermons*. 2.ª ed.

Paris: Garnier Frères, 1886, t. I, p. 293.

⁸ BALZAC, Honoré de. «Le lys dans la vallée». In: *Œuvres complètes*. Paris: Michel Lévy Frères, 1869, t. V, p. 511.

⁹ Cf. LEE, Elizabeth. *Wives of the Prime Ministers*. London: Nisbet, 1918, pp. 90-91.



El Ígneo

✠ Rubén Manuel Cunha Guimarães



Si Dios llamó *amigo* a Abrahán, *mi siervo* a Isaac y *mi santo* a Jacob, bien podría llamar *mi profeta* a Elías. Máxime cuando, en la Transfiguración, el Señor no evocó ni al amigo ni al santo, sino a aquel que sumó la profecía a ambos epítetos: «¡Qué glorioso fuiste, Elías, con tus portentos! ¿Quién puede gloriarse de ser como tú?» (Eclo 48, 4).

Inocente como algunos, santo como pocos, ígneo como nadie, fue un sol para el pueblo de Israel: iluminó sus caminos, encendió los corazones en el celo por la Ley, agostó el culto idolátrico y lo quemó en el valle del Quisón. Sin embargo, algo lo distingue del astro rey: su brillo jamás conoció el ocaso.

Mártir, juez, taumaturgo

Cuando Dios quiere hablar en el curso de la historia, se comunica con sus amigos más íntimos, los profetas, heraldos inequívocos de su voluntad. Y como la voluntad de los hombres no siempre coincide con la divina —por decirlo suavemente—, deben luchar contra toda clase de respeto humano y mediocridad, enfrentándose al odio de una ciudad o de un pueblo, en un momento determinado, y convirtiéndose en una antorcha de fidelidad y de martirio, en la que la mecha encendida es él mismo.

Es, pues, con un grito de fidelidad como Elías irrumpe en la historia. En la decadente historia del pueblo elegido...

Israel atravesaba serias dificultades. De inestabilidad en inestabilidad, el reino llegó a manos de un hombre inseguro

ro e infiel, a quien la Sagrada Escritura acusa de ser aún peor que todos sus predecesores (cf. 1 Re 16, 30): Ajab. Por si no bastara con haber desposado a una mujer pagana —delito prohibido por Dios mismo (cf. Dt 7, 1-4), dado el peligro de idolatría—, introdujo además el culto a Baal en el templo que mandó construir: «No hubo otro como Ajab que, instigado por su mujer Jezabel, se vendiera para hacer el mal a los ojos del Señor» (1 Re 21, 25). Un tremendo castigo assolaba la tierra prometida a causa del pecado de sus habitantes.

El único remedio para la situación era amargo, pero Elías no temió aplicarlo, y en su calidad de hombre de Dios ordenó a las nubes que no trajeran lluvia: «Por la palabra del Señor cerró los cielos y también hizo caer fuego tres veces» (Eclo 48, 3). Era la más digna de las correcciones, como comenta San Ambrosio, quien ve en ella un «justo castigo para reprimir de modo adecuado la falta de templanza, de manera que el cielo se cerrase para los impíos que habían manchado las cosas de la tierra».¹

Fue en ese ínterin cuando, por mandato divino, Elías llegó a Sarepta de Sidón. Tras someter a la viuda que lo hospedaba a una dura prueba de confianza —hasta el extremo de ver morir a su hijo—, obró la primera resurrección narrada en las Escrituras. No consta que el profeta dudara en realizar ese milagro, sobre todo porque su oración, precedida por una filial queja, se asemeja más a una orden dada a Dios que a una mera súplica: «Señor,

Como un sol para Israel, iluminó sus caminos, encendió los corazones y quemó el culto idolátrico en el valle del Quisón. Sin embargo, algo lo distingue del astro rey: su brillo jamás conoció el ocaso...

Elizabeth Tran

Dios mío, ¿vas a hacer mal a la viuda que me hospeda, causando la muerte de su hijo? [...] Te ruego que el alma de este niño vuelva a su cuerpo» (1 Re 17, 20-21). El Señor escuchó la oración de Elías y el joven recobró la vida.

Increpador incomparable

La sequía decretada por el profeta se prolongó durante tres largos años (cf. 1 Re 18, 1), y sólo entonces el Altísimo le ordenó que se presentara ante Ajab, quizá con la esperanza de que el impío monarca se retractara... Lejos de esto, el rey lo acusó de ser la causa de los problemas que atormentaban el país: «¿Eres tú, azote de Israel?» (1 Re 18, 17). Elías, cuya diplomacia se asemejaba más a un rayo fulminante que a un golpe de esgrima, lo increpó convocando a los profetas de Jezabel a un sacrificio en lo alto del monte Carmelo, con el fin de dejar claro quién era el verdadero Dios.

En un instante, Ajab reunió a todos los profetas de Baal en el lugar acor-

rado. Elías también compareció. El resultado fue bastante revelador: ochocientos cincuenta sacerdotes paganos contra un único servidor de Yahvé. ¿Por qué inducir una prueba pública para ver quién era el verdadero Dios? ¿No evocaría esto cierto orgullo y temeridad? ¿No sería más prudente, más diplomático, retirarse a una cueva en oración, a la espera de que la venganza divina se abatiera sobre aquellos impíos? No. Era necesario que el pueblo, que claudicaba de ambos pies (cf. 1 Re 18, 21), conociera la verdad y, mediante ello, siguiera el camino correcto. He aquí una de las características de un profeta: distinguir la verdad del error.

Rompiendo el silencio que reinaba sobre el monte, Elías propuso: «“El dios que responda por el fuego, ese es Dios”. Todo el pueblo acató: “¡Está bien lo que propones!”» (1 Re 18, 24).

Los sacerdotes de Baal tomaron rápidamente un novillo y, desde la mañana, comenzaron su invocación.

Danzas, cánticos, súplicas... nada fue suficiente para despertar a la deidad cananea. Al mediodía, Elías comenzó a burlarse de ellos: «¡Gritad con voz más fuerte, porque él es dios, pero tendrá algún negocio, le habrá ocurrido algo, estará de camino; tal vez esté dormido y despertará!» (1 Re 18, 27). Heridos en su amor propio y ya algo inseguros sobre la verdad de su religión, se cortaron con espadas y lanzas, cubriéndose de sangre para conmover a Baal. En vano. No ocurrió nada...

«Acercaos a mí» (1 Re 18, 30), exhortó finalmente Elías. Tras erigir un altar al Señor, cavó una zanja a su alrededor y la hizo inundar con agua tres veces, al igual que el altar y el sacrificio. El pueblo observaba atónito. El profeta no necesitaba levantar los brazos, ni tampoco un bastón. A lo sumo, alzó la mirada al cielo y rezó: «Señor, Dios de Abrahán, de Isaac y de Israel, que se reconozca hoy que tú eres Dios en Israel, que yo soy tu servidor y que



Dguendel (CC by 4.0)

¿No sería más prudente retirarse a la espera de que la venganza divina se abatiera sobre aquellos impíos? No. Era necesario que el pueblo, que claudicaba de ambos pies, conociera la verdad y, mediante ello, siguiera el camino correcto. He aquí una de las características de un profeta: distinguir la verdad del error.

«Elías y los sacerdotes de Baal», de Lucas Cranach - Galería de Pintura de los Maestros Antiguos, Dresde (Alemania).
En la página anterior, San Elías - Casa Monte Carmelo, Caieiras (Brasil)



por orden tuya he obrado todas estas cosas. Respóndeme, Señor, respóndeme, para que este pueblo sepa que tú, Señor, eres Dios y que has convertido sus corazones» (1 Re 18, 36-37).

Al instante cayó el fuego del Señor, consumiendo, además de la víctima, las piedras del altar y el agua que lo rodeaba. El Señor escuchó la plegaria del justo. Los baalitas habían gritado; Elías había rezado. Y mientras el pueblo adoraba al verdadero Dios, el profeta les dijo: «Echad mano a los profetas de Baal, que no escape ni uno». Les echaron mano y Elías les hizo bajar al torrente de Quisón, y allí los degolló» (1 Re 18, 40).

El primer devoto de María

Una vez terminada la escena, el hombre de Dios le recomendó a Ajab que comiera y bebiera, pues estaba oyendo «el ruido de una gran lluvia» (1 Re 18, 41). Subiendo a la cumbre del monte Carmelo, se postró en tierra y, siete veces, envió a su siervo a que observara hacia el mar. A la séptima vez, el criado exclamó: «Aparece una nubecilla como la palma de una mano que sube del mar» (1 Re 18, 44). Elías mandó avisar al rey que se diera prisa para que la lluvia no lo detuviera en el camino. Ajab, que ya había visto descender fuego del cielo por la palabra del profeta, partió sin dudar.

Los autores coinciden en relacionar la pequeña nube, que anuncia una tormenta torrencial, con el nacimiento de la Santísima Virgen, quien traería a la tierra un diluvio de gracias y al propio Hombre-Dios. Aquella era fruto de un castigo; ésta, de un inmenso perdón. No deja de ser simbólico que la prefiguración de María surja en el horizonte justo después de la derrota de la idolatría. Cuando la falsa religión sucumbe, Nuestra Señora resplandece. O, quizá, el imperio de Satanás se desmorona tan sólo al son de los pasos de Ella.



Francisco Lecaros

Tras un acto heroico de fidelidad a la verdadera religión, Dios concede a la historia la promesa de una Madre para la humanidad huérfana

San Elías - Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, Caudete (España)

Tras un acto heroico de fidelidad a la verdadera religión, Dios concede a la historia el mayor premio hasta ese momento: la promesa de una Madre para la humanidad huérfana.

Depositorio de la fidelidad

Ahora bien, al regresar a su casa, Ajab no le ocultó ninguno de aquellos sucesos a Jezabel, a quien obedecía con verdadera esclavitud. Ella se enfureció y le envió al profeta el siguiente mensaje: «Que los dioses me castiguen si mañana a estas horas no he hecho con tu vida como has hecho tú con la vida de uno de esos» (1 Re 19, 2). Elías tuvo miedo y huyó.

A quienes Dios ama con predilección, los pone a prueba de manera especial en su fundamento axiológico: la promesa del cumplimiento de su propia

vocación, la certeza de la victoria. Así, permite, e incluso promueve, aparentes desmentidos y fracasos en la vida de sus elegidos. No fue diferente con Elías. Él, que había enfrentado el odio de toda una nación, que había vengado el honor del Señor en el Carmelo, que aún haría descender fuego del cielo sobre los soldados de Ocozías (cf. 2 Re 1, 10-12), que representaba la fidelidad inquebrantable... huyó de una sola mujer.

Fatigado por el viaje y por la prueba, se sentó bajo una retama diciendo: «¡Ya es demasiado, Señor! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres!» (1 Re 19, 4). He aquí la gran perplejidad del profeta. Llamado a ser el varón de todas las fidelidades, siente, no obstante, las miserias del fracaso. Y, en este estado, se quedó dormido.

En medio de un sueño profundo, un ángel del Señor le entregó en dos ocasiones una torta cocida, que le dio fuerzas para caminar cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar al monte Horeb. Los comentaristas ven en este misterioso alimento una

prefiguración de la Eucaristía. Elías se convertía así en el profeta de los dos mayores tesoros de Dios: María Santísima y su divino Hijo. En efecto, no sería un verdadero profeta de la Madre si no lo fuera también del Hijo.

La cumbre de las montañas, en la Sagrada Escritura, suele representar el lugar de la manifestación divina. Fue en lo alto de un monte donde Moisés recibió la Ley (cf. Éx 19, 20); fue en esas mismas alturas donde el Verbo encarnado se transfiguró (cf. Mt 17, 2).

Una vez en la cima del Horeb, el Señor le ordenó a Elías que lo esperara en el monte. Vientos huracanados hendieron las rocas, terribles terremotos se sintieron e incluso el fuego hizo acto de presencia... pero el Todopoderoso no estaba allí. Finalmente, se oyó

el susurro de una brisa suave. Era el Dios de Israel que pasaba: «¿Qué haces aquí, Elías?». Ante tal pregunta, el profeta respondió con un clamor que lo inmortalizaría en la historia y cuyo eco se ha prolongado en los labios de la humanidad, ya sea para los más sinceros elogios, ya sea para las más injustas antipatías: «Ardo en celo por el Señor, Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, derribado tus altares y pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para arrebatármela» (1 Re 19, 14).

Más que un hombre, un espíritu

Elías había llevado la fidelidad al Señor a tal culminación que ya no era posible mantenerlo entre los suyos. No es que el profeta temiera al pueblo. Éste no era digno de él.

Al retomar el santo el camino del desierto, Dios no lo dirigió hacia Israel, sino hacia Damasco. Durante el recorrido, Elías ungiró a Eliseo como profeta en su lugar: depositó sobre él su manto, y el nuevo discípulo, renunciando a todo, lo siguió. Al despuntar el sol es cuando emite sus más radiantes fulgores. Sin duda, el encuentro de los dos profetas fue uno

de esos momentos que iluminaron el amanecer de toda una era histórica y que serviría de paradigma para la relación entre fundador y discípulo, padre e hijo, hasta el fin del mundo. La misión terrenal de Elías se acercaba a su fin.



**A quienes Dios ama con predilección,
los pone a prueba de manera especial en
su fundamento axiológico: la promesa del
cumplimiento de su propia vocación**

«El profeta Elías en el desierto consolado por un ángel», de Felipe Gil de Mena - Museo Nacional de Escultura, Valladolid (España);
abajo, el monte Horeb - Sinaí (Egipto)

Llegado el momento de la partida, Eliseo, dirigiéndose a aquel a quien empezaba a llamar padre, le imploró lo necesario para el cumplimiento de su propia vocación: «doble porción» del espíritu de Elías (2 Re 2, 9). Y, mientras conversaban, «un carro de fuego con caballos de fuego» (2 Re 2, 11) los separó, llevando al profeta al cielo en un ígneo torbellino.

Si al amanecer se manifiestan los más radiantes fulgores del sol, al atardecer es cuando las nubes se tiñen de fuego. En un firmamento así incendiado, Eliseo contempló cómo partía su padre y cómo descendía sobre él la doble porción del espíritu de su maestro.

La historia de Elías, muy lejos de terminar, acababa de immortalizarse en Eliseo. Se inauguraba lo que se puede denominar como *filón elíático*, noble estirpe de profetas devotos de María Santísima, cuyos actos intrépidos y virtudes heroicas son imperecederos, ya que participan de la luz sobrenatural de aquel que, antaño, fue el sol de Israel. ✠

¹ SAN AMBROSIO DE MILÁN. *Elías y el ayuno*, c. II, n.º 2. Madrid: Ciudad Nueva, 2016, p. 48.



Madre incondicional

Ya sea en pequeñas dificultades, en apuros económicos o incluso en un incendio... Dña. Lucilia fue hecha para atender, sin restricciones, a cualquiera de nuestras peticiones.



✠ Elizabete Fátima Talarico Astorino

«**S**i mi madre es como es, [Nuestra Señora], que es la Madre de las madres, la Madre de toda la humanidad, ¡ni siquiera sé cómo puede ser!»,¹ comentó en varias ocasiones el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, al hablar de Dña. Lucilia y de cómo su afecto ilimitado y su protección fueron para él un vivo estímulo a la devoción a María Santísima y a la confianza en su auxilio.

En nuestros días, como haciéndose eco de su voz, cientos de personas también constatan cómo la bondad de Dña. Lucilia nos acerca al Inmaculado Corazón de María y nos obtiene de ese

Corazón lo que necesitamos en cada momento.

«Doña Lucilia soluciona estos problemas»

Corroborando estas palabras, Ariady Coneglian se alegró al verse atendida en una necesidad cotidiana, lo que la llevó a concluir: «Me di cuenta de que Dña. Lucilia tiene la particularidad de conseguirmos las gracias que son necesarias en el día a día».

En efecto, Ariady trabaja en una escuela confesional católica, situada en el municipio de Ubiratã (Paraná, Brasil). «Se trata de una institución sin ánimo de lucro —explica ella— y gran parte de lo que conseguimos es fruto de donativos. A finales del año pasado, obtuvimos una autorización del Ministerio de Cultura por la que las personas pueden donarnos una parte del impuesto

sobre la renta. Sin embargo, estábamos teniendo muchos problemas para que la cuenta bancaria abierta para ese fin pudiera recibir los fondos. ¡Me vi obligada a ir siete veces al banco! Y, cada vez, surgía un nuevo problema: ora faltaba un documento, ora la firma no era válida... Finalmente, cuando la cuenta quedó habilitada, la gente no conseguía hacer su donativo. Así que, tras quince días intentando resolver los problemas, llegué a decir: “¡Me doy por vencida, porque esto no está funcionando!”».

Fue entonces cuando la directora de la institución, muy devota de Dña. Lucilia, le sugirió: «Ariady, rézale a Dña. Lucilia, porque hay muchos testimonios de que ella soluciona ese tipo de problemas». No hizo falta repetir el consejo, tal y como ella nos cuenta: «Dejé lo que estaba haciendo, me senté frente al ordenador y recé: “¡Doña Lucilia, ayúdeme! ¡Necesito resolver el asunto de esta cuenta!”».

Tras esa oración, Ariady continuó con su trabajo y, al cabo de unos minutos, le vino a la mente una operación que ya había intentado realizar varias veces, sin éxito, en el portal *online* del banco. Aunque ya había desistido de esa transacción, se sintió inspirada a intentarlo de nuevo: «Entré en la página web y, con dos clics, resolví el problema, cuando antes había estado mucho tiempo intentándolo y no había conseguido nada. Minutos después, una



Ariady Coneglian, con una fotografía de Dña. Lucilia

*Tras ser atendida,
Ariady concluyó que
Dña. Lucilia tiene
la particularidad
de conseguirmos las
gracias necesarias
en el día a día*



Cuadro eléctrico después del incendio



por la mañana, necesitó ir a una determinada habitación de la casa a coger un objeto y se encontró con un conato de incendio en el pasillo...

De hecho, hacía unos días que un cuadro eléctrico parecía estar averiado, desprendiendo a veces un fuerte olor a quemado, hasta que finalmente acabó entrando en combustión. Mylena se dio cuenta de que el fuego ardía en la tapa de plástico del cuadro y que una parte de ella, ya consumida, había caído al suelo. Las llamas crecían rápidamente y había que actuar.

Así contaba lo sucedido: «Miré a mi alrededor y vi que la lavadora estaba funcionando. El frigorífico de la cocina también funcionaba. Había luz en el salón como de costumbre... Entonces pensé: “Dios mío, ¿y ahora qué? ¿Qué voy a hacer para apagar este fuego? Necesitaría un trapo grande, pero no tengo nada a mano...”».

Llevada por el susto, la única idea que se le ocurrió en ese momento fue usar agua. No obstante, se trataba de un incendio eléctrico y los líquidos no hacen más que avivar ese tipo de llamas, además de servir como peligroso conductor de la electricidad...

Olvidándose del peligro, Mylena intentó apagar las llamas con agua... pero se acordó de invocar la protección de la Dña. Lucilia

Combatiendo el fuego, bajo la protección celestial

También en el estado de Paraná, esta vez en la ciudad de Ponta Grossa, Dña. Lucilia socorrió a Mylena Ferreira Campos en un incidente doméstico que podría haber acabado en tragedia.

Mylena, madre de cuatro hijos pequeños, tiene la costumbre de invocar la protección y la ayuda de Dña. Lucilia en medio de los quehaceres diarios para poder desempeñar bien las tareas del hogar. Un día, mientras arreglaba a sus hijos

Sin embargo, mientras Mylena luchaba contra las llamas, se acordó de pedir auxilio a Dña. Lucilia: «Puse agua en una cacerola y empecé a apagar el fuego, primero el que estaba abajo. Y cada vez que arrojaba agua, pedía: “¡Doña Lucilia, madre nuestra, ayúdanos!”. El fuego del suelo y de la pared se apagó. Quedaba el cuadro eléctrico y los interruptores automáticos, que aún ardían en llamas. De nuevo, pedí: “¡Doña Lucilia, madre nuestra, ayúdanos!”. Y eché agua. El fuego se apagó al instante».

No se produjo ningún cortocircuito ni se avivaron las llamas; y ninguno de los electrodomésticos, entre los muchos que estaban conectados a los enchufes, se quemó. Para Mylena, que sólo después cayó en la cuenta de lo que había hecho, el buen resultado de sus esfuerzos se debió a la protección y a la incesante ayuda de su bondadosa intercesora, Dña. Lucilia.

«Ella será su madre protectora»

Como un regalo del Cielo, Eddy Marcano conoció a Dña. Lucilia en Houston (Estados Unidos), donde reside, y encontró en ella una «madre incondicional», según sus propias palabras.



Mylena junto a un cuadro de Dña. Lucilia



En 2021, tras recibir el sacramento de la penitencia, su confesor le entregó una fotografía de Dña. Lucilia junto con este consejo: «Ella será ahora su madre protectora». Desde entonces, explicó que había adquirido «una devoción y una conexión increíbles con Dña. Lucilia».

En aquella época, Eddy, nacido en Venezuela, estaba intentando obtener la residencia en Estados Unidos, pero se topó con un obstáculo casi insuperable, tal y como él cuenta: «Yo no tenía mi partida de nacimiento venezolana. Ese documento nunca existió para mí, porque el lugar donde se registraban las partidas de nacimiento se había incendiado. Mi familia siempre tuvo un documento oficial con mis datos de identificación personal que probaba eso, pero para poder seguir adelante con el trámite de residencia era obligatorio tener la partida de nacimiento».

Sin otra salida, decidió recurrir al auxilio sobrenatural: «Le encomendé este proceso a Dña. Lucilia, pidiéndole que me ayudara a conseguir una partida de nacimiento que nunca había tenido. Y, “milagrosamente”, por primera vez en mi vida, encontraron una partida de nacimiento mía en Maracaibo,

en Venezuela, gracias a las gestiones realizadas por una persona experta en estos asuntos. De inmediato reconocí que se trataba de un “milagro” de Dña. Lucilia, ya que le había confiado a ella este caso».

Tras conocer la devoción a Dña. Lucilia, Eddy se acostumbró a recurrir a ella en todas sus necesidades, y siempre fue atendido

Pero aún quedaban otras dificultades por superar hasta el final del proceso, una de ellas de carácter económico, pues Eddy estaba lejos de disponer de la cantidad necesaria para completar el trámite de residencia. «Una vez más, le pedí a Dña. Lucilia que me ayudara, porque nuestro futuro en Estados Unidos dependía de ello. No habían pasado ni dos horas cuando sentí la inspiración

de llamar por teléfono a una persona muy amiga de mi familia, pues algo me decía: “Llámalas, ella te va a ayudar”. Y eso fue lo que hice: llamé a esa persona y le expliqué lo que estaba pasando. Al final de la conversación, me prometió: “Dígame cuánto necesita, que yo cubriré todos los gastos inmediatamente”. Comencé a llorar de alegría al darme cuenta de que estaba bajo la protección de una madre incondicional, que nos guiaba y nos bendecía con muchas gracias».

Como una última sonrisa de Dña. Lucilia para ese caso, a Eddy le aprobaron su solicitud de residencia en menos de tres meses, ¡cuando le habían dicho que tardaría al menos dos años!

Inexplicable movimiento de un retrato

La protección de Dña. Lucilia enseguida se convirtió en algo frecuente en la vida de Eddy, manifestándose a veces incluso antes de que él la invocara, como se puede observar en el siguiente hecho.

Violinista de profesión, también imparte clases de violín. En el salón donde da las clases ocurrió un episodio peculiar, que le hizo crecer mucho en la devoción a su protectora: «Una persona entró con malas intenciones y empezó a hacerme ciertas preguntas, tratando de arrancarme opiniones que me serían desfavorables... En ese momento, una fotografía de Dña. Lucilia que tengo en un portarretratos de cristal, empezó a balancearse hacia adelante y hacia atrás sin que nadie lo tocara, produciendo un ruido bastante fuerte. Nos quedamos sorprendidos, tanto esa persona como yo... Entonces salió espantada de mi salón y no volvió nunca más. Seguí mirando fijamente el cuadro de Dña. Lucilia y me pareció que, con ese movimiento, quería decirme: “No hables, no des tu opinión, guarda siempre silencio”. Fue una gran bendición y una protección muy grande de su parte».



Fotos: Reproducción



Eddy reza junto a la tumba de su intercesora, en el cementerio de la Consolación, de São Paulo; a la derecha, el retrato de Dña. Lucilia que se movió inexplicablemente

Otras gracias recibidas

Eddy se acostumbró a recurrir a Dña. Lucilia constantemente, confiándole en una simple súplica cualquier dificultad, desde complejos problemas de salud hasta pequeños obstáculos prácticos, como la cancelación de un vuelo. A continuación, podemos apreciar algunas de estas intervenciones celestiales en su vida.

Una vez, estaba a punto de embarcar en un avión con destino a Sudáfrica para ofrecer una serie de conciertos. Al llegar a la sala de espera, notó que el vuelo estaba muy concurrido y temió que, por ello, el viaje resultara muy agotador e incómodo. Entonces le encomendó el trayecto aéreo a Dña. Lucilia, pidiéndole con sencillez un viaje tranquilo.

Con maternal solicitud, ella atendió su plegaria. «Al entrar en el avión, que iba totalmente lleno —cuenta él—, encontré libres los tres asientos de la fila en la que debía sentarme, y nadie los ocupó durante todo el vuelo. Reconocí de inmediato que era obra de Dña. Lucilia y le di las gracias enseguida. Lo mismo volvió a ocurrir en el viaje de regreso a Estados Unidos».

Salvado de apuros económicos

En otra ocasión, Eddy tenía previsto llevar a cabo una gira de conciertos por Argentina y Uruguay y, para la compra de los billetes de avión, había conseguido el apoyo financiero de una empresa. No obstante, un imprevisto pondría en manos de Dña. Lucilia la realización de esas actuaciones, muy importantes para su carrera. Así nos lo cuenta él:

«Poco antes del viaje, salí de casa para un ensayo con la orquesta y recibí una llamada en la que se me informaba de que aquella empresa ya no me ayudaría con los billetes... Me quedé muy sorprendido en ese momento. Iba



Doña Lucilia en marzo de 1968

*Doña Lucilia es
para los que le
piden su ayuda,
confiándole cualquier
necesidad, una madre
verdaderamente
incondicional*

conduciendo hacia el ensayo, pero inmediatamente me conecté con la Virgen y Dña. Lucilia y les pedí que me ayudaran con esos billetes de avión que necesitaba para hacer la gira.

»Pasaron unos veinte minutos y, cuando llegué al lugar del ensayo, recibí dos llamadas, de dos personas distintas, que querían informarme de que ya habían conseguido de nuevo la ayuda económica para los billetes de avión.

Reconocí de inmediato, con lágrimas en los ojos, el “milagro” y la manifestación de Dña. Lucilia y de la Virgen».

Doña Lucilia también libró a Eddy de otros apuros económicos, uno de los cuales ocurrió durante un período de descanso escolar, como él mismo nos cuenta: «En junio, casi todos mis alumnos se iban de vacaciones y mi situación financiera estaba por los suelos. Incluso mi esposa me dijo: “Este mes es crítico... Tenemos que hacer ajustes, estoy muy preocupada”. Me fui a mi despacho, y empecé a rezarle a Dña. Lucilia pidiéndole ayuda. No habían pasado ni diez minutos cuando recibí un mensaje en el móvil informándome de que me estaban haciendo un ingreso de dos mil quinientos dólares como donativo de apoyo para un disco que estaba grabando en ese momento... ¡Mis ojos se llenaron de lágrimas de felicidad al reconocer el amor maternal de Dña. Lucilia para con sus hijos!

»Esto forma parte de los tantos y tantos “milagros” que he recibido, y que hoy estoy compartiendo con ustedes, porque los tengo registrados en un cuaderno que guardo como memoria de todas las gracias que recibo de Dña. Lucilia. No me queda más que agradecersele infinitamente a ella, que siempre ha sido una madre incondicional para mí».

Que estas sencillas manifestaciones de la eficaz intercesión de Dña. Lucilia nos sirvan de estímulo, para que también nosotros encontremos en su protección ese mismo amor incondicional, reflejo de la bondad de la propia Madre de Dios. ✦

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano; Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, t. I, p. 130.

Bajo el amparo de



Roberto Salas



2



3

Jesse Arce

13 de mayo – Entre las conmemoraciones realizadas en honor de Nuestra Señora de Fátima, destacamos las misas presididas por el cardenal Adalberto Martínez Flores, arzobispo metropolitano, en la catedral de Asunción (foto 2); por Mons. Francisco Montecillo Padilla, nuncio apostólico, en la casa de los Heraldos de Ciudad de Guatemala (foto 1); y por el P. Manuel Rodríguez, EP, en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá, Colombia (foto 3).



Fotos: Luis Rivelino



Alain Patrick

Misión mariana – Del 7 al 10 de mayo, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María recorrió el territorio de la parroquia de San Benito de Nursia, de Roma. La misa de apertura de la misión mariana fue presidida por Mons. Aurelio García Macías, subsecretario del Dicasterio para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, y la de clausura, por Mons. Andrea Carlevale, obispo auxiliar de Roma.



Helcia Chala



2



3

Emilio Páez

Visitas a parroquias – La Virgen de Fátima también estuvo con sus hijos de diversas parroquias por todo el mundo. Arriba, visitas al grupo de catequesis de la parroquia de Santa Cristina, de Madrid (foto 1); a la parroquia de San José de Calderón, de Quito (foto 2); y a la parroquia de San Andrés Apóstol, de Guayaquil, Ecuador (foto 3).

la Virgen de Fátima



Fotos: Nuno Moura

XXI Encuentro Nacional del Apostolado del Oratorio – El 25 de abril, los miembros del Apostolado del Oratorio «María, Reina de los Corazones» llevaron a cabo su encuentro nacional en el Santuario de Nuestra Señora de Fátima Portugal. La santa misa fue presidida por Mons. Sergio Manuel Ribeiro Dinis, obispo del Ordinariato Castrense del país.



Stefano Pigliacelli

Ana Karen

Ricardo Pedraglio

Junto a pequeños y ancianos – Con igual amor maternal, la imagen de la Santísima Virgen visitó la residencia geriátrica San José, de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, de Luque, Paraguay (foto 1); el Centro Educativo San Filippo Smaledone, de Paranoá, Brasil (foto 2); y la Casa Hogar La Piedad, de la Congregación de las Hijas de Nuestra Señora de la Piedad, de Lima (foto 3).



Fotos: Gabriel Lopes



Leandro Souza

Brasil, Caieiras – Otros quince miembros de los Heraldos del Evangelio han concluido el máster en Teología por la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín, Colombia. La ceremonia de graduación, presidida por el P. César Ramírez Giraldo, director de la Facultad de Teología, Filosofía y Humanidades, tuvo lugar el 4 de mayo en el complejo de la basílica de Nuestra Señora del Rosario.

Fotos: João Lucas Guimarães



Brasilia – El 10 de abril, el coro y la orquesta de la Casa de Formación Sacerdotal de la Sociedad Clerical de Vida Apostólica Virgo Flos Carmeli animaron la celebración de la Pascua de los militares en la catedral metropolitana de Brasilia. La santa misa, presidida por Mons. Marcony Vinícius Ferreira, arzobispo castrense, contó con la presencia de diversas autoridades de las Fuerzas Armadas, entre ellas el teniente brigadier del Aire Ary Soares Mesquita, secretario de Economía, Finanzas y Administración de la Fuerza Aérea Brasileña.

Fotos: João Bovolon



Tatiane de Oliveira

Brasil, Montes Claros – Una multitud de peregrinos participó, el 3 de mayo, en la V Romería de los Milagros. El destino de la caminata de quince kilómetros fue la iglesia de Nuestra Señora de los Clarísimos Montes, donde el P. Anderson Fernandes, EP, celebró la santa misa.



Fotos: Roberto Salas

El Salvador – La iglesia de Nuestra Señora de Fátima de San Salvador fue dedicada el 13 de mayo por Mons. Óscar Álvarez Orellana, obispo auxiliar, por delegación de Mons. José Luis Escobar Alas, arzobispo metropolitano. Concelebraron Mons. Luis Morao Andreazza, OFM, obispo emérito de Chalatenango, Mons. Joseph Salem, secretario de la nunciatura apostólica en el país, y otros cincuenta sacerdotes. Honraron con su presencia el presidente de la República, Nayib Armando Bukele Ortiz, acompañado de la primera dama y de miembros del gabinete de gobierno.



Fotos: Thiago Kruger

Italia – Los Heraldos participaron, el 2 de mayo, en la procesión en honor de Nuestra Señora de las Gracias, patrona de la ciudad de Nettuno (foto 1). El 22 de mayo, se celebraron ocho misas en la iglesia de San Benedetto in Piscinula, en la Ciudad Eterna, en honor de Santa Rita de Casia (foto 2). Entre los celebrantes, destacamos Mons. Renato Tarantelli Baccari, obispo auxiliar de Roma (foto 3).

Con aroma de vino y de guerra

En Francia, un terrible enemigo se enfrenta a viticultores dispuestos a defender sus tesoros a toda costa... ¿Quién ganaría esa guerra?

✎ Gabriela Cristina Rodrigues da Silva



Una famosa empresa francesa de alfombras finas se dedica a prestar un servicio con todo su celo patriótico: Chevalier, tras limpiar antiguas tapicerías de Aubusson —de exquisita factura artesanal—, tapices persas y otros artículos, recoge en grandes sacos el polvo extraído —muchas veces secular— y lo distribuye entre los restaurantes más ilustres de París. Curioso reparto para unos establecimientos conocidos por su refinamiento... ¿Cuál sería la razón de tan exótico encargo?

Corre el año 1940. Las fuerzas militares de Hitler llevan a cabo la ocupación de Francia, así como la de varios países europeos. En el marco de la operación en curso, muchos de los *châteaux* de la región son requisados para uso de los soldados alemanes, que los convierten en alojamientos, almacenes de armamento y puestos de control.

Sin embargo, en medio de la confiscación de bienes, la destrucción de obras de arte, la prohibición de festivales y celebraciones nacionales, la devaluación de la moneda local y la imposición de trabajos forzados en las fábricas alemanas por parte del STO,² había algo más que preocupaba a la población francesa: su vino.

Un arte antiguo y muy apreciado

Siglos de tradición han hecho de los vinos franceses unas joyas gastronómicas

mundialmente conocidas, unas auténticas exquisiteces de la civilización cristiana. Se cuenta, por ejemplo, que fueron los austeros monjes de Cluny, en el siglo XII, quienes enseñaron a los campesinos a plantar y cuidar sus viñedos. Y la necesidad de podar las vides, la descubrieron de una manera insólita y pintoresca...

En una ocasión, en el año 345, San Martín de Tours salió a inspeccionar unas plantaciones pertenecientes al monasterio, en el valle del Loira, y dejó a su burrito atado junto a una hilera de cepas. Horas después, el santo descubrió, para su sorpresa, que el pobre animal se había servido de varias ramas a modo de aperitivo... algunas incluso hasta el tronco. No obstante, al año siguiente, los monjes descubrieron que las vides más maltratadas por el borrico eran precisamente las que se habían vuelto más vigorosas y habían producido las mejores uvas. A partir de entonces, comenzaron a podar las viñas todos los años.

Ahora bien, los burros no eran los únicos que apreciaban el delicioso fruto de la vid. En la región de Borgoña, alrededor del siglo X, los viticultores tenían que vigilar sus viñedos arma en mano, ya que, en épocas de escasez, manadas de lobos invadían sus propiedades en busca de alimento. En esta contienda, el factor que salvaba viñas y viticultores era la propia fermenta-

ción de la uva, pues ésta hacía que los lobos, embriagados, se quedaran dormidos en las calles de la ciudad, lo que facilitaba la tarea de cazarlos.

En 1940, aparecieron nuevos lobos por toda Francia. Esta vez, sin embargo, vestían uniformes militares... Aprovechándose de la invasión, los nazis requisaban las mejores añadas, que en esa época representaban no sólo buen gusto, sino también poder y soberanía. Y los franceses se preguntaban: ¿cómo protegerlas?

Tácticas de guerra en sordina

«¡No le digáis ni una palabra a nadie sobre esto!», ordenó el viticultor Maurice Drouhin a su familia, reunida en la bodega —un verdadero laberinto con cavas del siglo XIII— para llevar a cabo una tarea inusual: mientras él construía una pared para ocultar botellas del preciado vino borgoñón Romanée-Conti, su esposa e hijos corrían por el recinto recogiendo arañas, que luego fueron introducidas en el muro para que tejieran telarañas y dieran la impresión de antigüedad.

Marie-Louise Lanson de Nonancourt también decidió emparedar su tesoro. Se lo confió a la Virgen María, colocando en la pared falsa un nicho con una imagen de aquella que suplicó al divino Maestro el milagro de las bodas de Caná: «Ahora todo está en

sus manos —les dijo a sus hijos—; no hay nada más que yo pueda hacer para proteger nuestro porvenir». Podía estar segura de haber dejado sus bienes en muy buenas manos.

Unas décadas antes, durante la Primera Guerra Mundial, el propietario de un *château* en Burdeos, al enterarse de que las tropas del káiser estaban a punto de llegar, arrojó su tesoro a las profundidades de un lago. La estratagema parecía haber funcionado hasta que, a la mañana siguiente, un soldado germánico decidió dar un paseo por el jardín y, contemplando la serena superficie del lago, la vio cubierta de etiquetas flotantes... En la Segunda Guerra Mundial, los habitantes de Burdeos ya habían ideado soluciones más eficaces, como la adoptada por André Foreau, de Vouvray, que enterró lo mejor que tenía bajo las judías, los tomates y las coles de su huerto, sin ser descubierto por los alemanes.

Unidos en un solo frente: defender el vino francés!

«La unión hace la fuerza», reza el dicho, mil veces demostrado a lo largo de la historia. Y en la «guerra por el vino», no fue diferente.

Una vez, unos soldados alemanes fueron a un restaurante de lujo y, además de exquisitos platos, pidieron una botella de algún vino famoso. Al ver llegar al camarero con la bandeja, pensaron que se trataba de un vino sacado de un lugar exclusivo de la bodega. La botella estaba cubierta de un polvo que le confería un aspecto de mucha categoría... Recogido de alfombras y piezas de museo, servía de disfraz para los vinos falsos, poniendo a salvo los verdaderos, que los franceses perseveraban en ocultar a los indeseados invasores. Volviendo ahora al hecho narrado al principio del artículo, se comprende cuál era el objetivo del curioso encargo de polvo de tapicería distribuido entre prestigiosos restaurantes...

Por otro lado, si bien el pueblo germánico era gran apreciador de la sublimación de la cebada —la cerveza—, en

general, tenía poco conocimiento de la inmensa variedad vinícola. Para el comercio de vinos, se designó a los *Weinführer*,³ enólogos alemanes capaces de realizar compras y ventas para el Tercer Reich. Solían ser elegidos entre comerciantes experimentados, con contactos y amigos en Francia, como era el caso de Heinz Bömers, director de la importadora Reidemeister & Ulrichs, nombrado para actuar en la región de Burdeos.

Cómplices o no, entre los *Weinführer* y los viticultores se estableció una relación peculiar: sin dejar, aparentemente, de cumplir sus funciones, los alemanes les facilitaban las transacciones a los franceses y, en particular, se encargaron de impedir que sus añadas más valiosas salieran del territorio nacional.

Entre los muchos comerciantes amigos de Bömers, había uno llamado Roger Descas. Éste se encontraba ante un dilema: si fijaba precios altos para el vino, fomentaría la inflación y la ira de las autoridades alemanas; si, por el contrario, establecía precios bajos, comprometería gravemente la situación de los viticultores franceses. Así pues, junto con su amigo *Weinführer*, ideó una curiosa estratagema.

La víspera del día en que debían comparecer ante el Servicio Económico alemán, acordaron *sus* precios. Pero, a la mañana siguiente, ante las autoridades alemanas, ambos pronunciaron un discurso en el que expusieron precios completamente alterados. Fue entonces cuando tuvo lugar una representación teatral digna de la Gran Ópera de París: Bömers acusó a Descas de extorsionarlo, y Descas culpó a Bömers de lo mismo. La discusión se acaloró, pero finalmente la «razón» se impuso y am-

bos llegaron a un acuerdo sensato: los precios serían los que habían pactado en secreto el día anterior.

En otra ocasión, sospechando que el mariscal de campo Göring estaba a punto de requisar grandes añadas de Burdeos, Bömers mandó a algunos empleados que pusieran etiquetas del emblemático Château Mouton-Rothschild en botellas de vino corriente, orden que fue obedecida de inmediato.

El vino se convierte en aliado de guerra

Fueron muchas las situaciones en las que, quizá «agradecido» por el afectuoso apego del que era objeto, el vino colaboró en las luchas y en la liberación de sus dueños.

Era habitual, por ejemplo, ver al viticultor Jean Monmousseaux transportando barriles de un lado a otro de la línea de demarcación.⁴ Como vivía cerca de allí, los alemanes estaban acostumbrados a verlo con sus barriles. Éstos, no obstante, tenían una utilidad mayor que la de contener vino: ocultaban personas... Para muchos líderes de la Resistencia, esos recipientes sirvieron de vehículo de primera clase. Jean se valió de esta estratagema durante dos años, y nunca despertó sospecha alguna.

El champán —sublime «hermano» del vino— también proporcionó información militar relevante a los aliados: el Reich tenía la costumbre de enviar

Fueron muchas las ocasiones en las que, «agradecido», el vino colaboró en las luchas y liberación de sus propietarios

En esta página y en la anterior, escenas de la ocupación nazi en Francia; arriba, botellas y etiquetas de vinos franceses



cargamentos de ese espumoso a sus soldados en el frente. Ahora bien, las principales casas de champán informaban a los oficiales franceses sobre el destino de esos envíos, revelando así la posición exacta de las tropas enemigas. En una de esas ocasiones, los nazis solicitaron que una ingente cantidad de botellas fuera especialmente encorchada y empaquetada con destino a un «país muy caluroso». Esto sirvió de pista para que los aliados descubrieran que el mariscal Rommel⁵ estaba a punto de lanzar una fuerte ofensiva en Egipto.

Una fiesta entre grilletes

A pesar de todo, algunos franceses acabaron inevitablemente en prisión durante la guerra. Entre ellos se encontraban viticultores como Gaston Huet, de Vouvray.

Para compensar la nostalgia de sus viñedos y de sus familias, los detenidos pasaban el tiempo intercambiando sus conocimientos sobre viticultura. En una de esas conversaciones fue cuando a Gaston Huet se le ocurrió una idea: «¡Organicemos un banquete de vino!». Magnífica propuesta, pero ¿cómo llevarla a cabo?

Huet se había enterado de que, en un campo de prisioneros cercano, circulaban bebidas destiladas entre los guardias, algo que estaba expresamente prohibido. Unos días después, chantajeó al comandante alemán del campo, pidiéndole vino

a cambio de su silencio. El oficial, tenso y reacio, acabó accediendo.

Mientras esperaban las setecientas botellas que permitirían a cada prisionero degustar una copa de vino, Huet y sus compañeros se encargaron de preparar una gran fiesta: se reunió un comité formado por representantes de cada una de las regiones vinícolas; unos artistas se ofrecieron para elaborar carteles y mapas; un grupo de teatro se propuso representar breves escenas sobre el vino, con decorados y vestuario improvisados; el sacerdote que dirigía el coro del campo comenzó los ensayos musicales; unos carpinteros construyeron una prensa de lagar, que más tarde se utilizaría para cubrir la entrada de un túnel destinado a una inesperada fuga.

La fecha del festival se fijó para el 24 de enero de 1943, día de San Vicente, patrón de los viticultores franceses. Tras varias presentaciones y discursos, llegó el momento esperado con entusiasmo por todos: la degustación. Cada botella se repartiría entre siete hombres, que podrían servirse su vino favorito.

Recordando todo el trabajo que le había supuesto organizar el evento, Huet comentaría años después: «Nos salvó nuestra cordura. No sé qué habríamos hecho sin aquella fiesta. Nos dio algo a lo que aferrarnos. Nos dio una razón para levantarnos por la mañana, para afrontar cada día».

¡Imitémoslos en su sagacidad!

Sería imposible resumir en estas líneas todas las hazañas relacionadas con la protección del vino francés durante la Segunda Guerra Mundial... Sin embargo, podemos sacar una lección de los hechos aquí expuestos: en las diversas batallas que se nos presentan a lo largo de la vida, debe-

mos saber ser sencillos como palomas y sagaces como serpientes (cf. Mt 10, 16).

No se pretende aquí pronunciarse sobre la justicia de las acciones de los viticultores franceses; sí nos aprovecha, sin embargo, imitar su sagacidad. Ésta es una virtud aneja a la prudencia, que permite hallar con facilidad y rapidez los medios que deben emplearse en una acción determinada.⁶ En efecto, ellos actuaron con notable circunspección a la hora de proteger su patrimonio material.

Y nosotros, católicos del siglo XXI, cuando se trata de defender a la Santa Iglesia, patrimonio divino y luz de las naciones, ¿cómo actuamos? ¿Empleamos toda nuestra inteligencia y solería para confundir a los enemigos de Cristo y hacer triunfar la inocencia? ¿O nos dejamos arrastrar torpemente por las trampas del adversario, permitiendo que la virtud sea aplastada y corrompida?

Bajo la protección maternal de la Santísima Virgen María, no permitamos que los hijos de las tinieblas sean más astutos que los hijos de la luz (cf. Lc 16, 8); antes bien, que la sabiduría pueda verdaderamente habitar junto con la sagacidad (cf. Prov 8, 12). ✠

¹ Los datos históricos y hechos narrados en el presente artículo han sido tomados de: Kladstrup, Don; Kladstrup, Petie. *Vin- ho & Guerra*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2002.

² *Service du travail obligatoire*: un programa de trabajos forzados puesto en marcha por el gobierno de Vichy en 1942 para satisfacer las necesidades de mano de obra de Alemania.

³ En alemán, literalmente: guía del vino.

⁴ Desde la caída de Francia, en mayo de 1940, hasta noviembre de 1942, la línea de demarcación fue la división establecida por el Armisticio del 22 de junio de 1940 para separar la zona ocupada por los alemanes —el norte y el oeste de Francia— de la zona libre, al sur.

⁵ Mariscal de campo alemán Erwin Rommel. Por sus hazañas militares en el norte de África, fue conocido como el *Zorro del Desierto*.

⁶ Cf. Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. II-II, q. 49, a. 4.

Los viticultores franceses actuaron con sagacidad para proteger el vino. Y nosotros, ¿cómo defendemos a Dios?

Viticultores de Château Haut-Marbuzet - Burdeos (Francia)



... cómo surgieron los sagrarios?

Tal es el amor de la Iglesia por Jesucristo que, habiendo subido el Esposo a los Cielos, ella no se contentó con reencontrarlo en la santa misa, sino que quiso adorarlo todos los días y en todos los lugares. Los sagrarios surgieron para saciar ese deseo. El Dios que los Cielos no pudieron contener habría de habitar también en la tierra.

Junto a esta razón primordial, hubo otros graves motivos, entre ellos, los gemidos de los moribundos. El Concilio de Nicea (325) prescribía que los agonizantes no debían verse privados del viático eucarístico. Pero ¿cómo llevarles ese consuelo espiritual si no se conservaban las hostias consagradas?

Una respuesta más concreta al respecto la encontramos en las Constituciones Apostólicas. En ellas se instruye a los diáconos para que depositen las santas partículas en lo que los latinos llamaban *secretarium* o *sacrarium*

—de ahí la palabra *sagrario*—, que se cerraba bajo llave y era custodiado por ministros consagrados.

Esta costumbre se mantuvo hasta el siglo IX. Surgieron entonces variaciones en cuanto a la forma y a la ubicación del sagrario. En algunos templos, se colocó detrás del altar, con el nombre de propiciatorio; en otras iglesias, la sacristía tuvo el honor de hospedar al Rey de los Cielos. Especialmente en las grandes catedrales góticas o renacentistas, el tabernáculo se adornaba con murales policromados y con estatuaria. A partir del siglo XVI, pasó a ser visible sobre el altar mayor. Y todavía existe la costumbre de conservarlo en una capilla lateral.

El amor del divino Maestro por sus discípulos es tan insondable que quiso estar presente no sólo en la santa misa o en los sagrarios del mundo entero, sino también en los tabernáculos de las almas de los fieles. ✦



João Paulo Rodrigues

Sagrario del oratorio de los Heraldos del Evangelio de Ponta Grossa (Brasil)

... quiénes fueron los primeros occidentales que entraron en la Ciudad Prohibida?

China: un reino de sueños, rodeado de murallas tan imponentes que permanecieron prácticamente infranqueables hasta finales del siglo XVI. Sin embargo, no hubo lugar en la tierra, por inhóspito que fuera, donde no resonara el dulce timbre de la voz de Cristo.

Para el entonces llamado Imperio del Medio, el Verbo de Dios se sirvió de un instrumento para manifestarse: el P. Matteo Ricci, misionero de la Compañía de Jesús.

Su anhelo era convertir a toda la nación, pero para ello necesitaba llegar hasta la cabeza. El emperador Wanli vivía en la Ciudad Prohibida, la morada del «hijo del cielo». Uniendo la astucia de la serpiente a la inocencia de la paloma, el sacerdote jesuita le ofreció al

monarca dieciséis regalos, entre ellos un clavicordio, para que la música penetrara donde las palabras no llegaban;



P. Mateo Ricci - Iglesia del Gesù, Roma

un reloj, para despertar la curiosidad; y un cuadro de Nuestro Señor, con el fin de que el «hijo del cielo» conociera al Hijo de Dios.

Los obsequios causaron gran asombro en la corte. Y, para satisfacer las demandas de los orientales, los misioneros fueron convocados a la Ciudad Prohibida, donde finalmente entraron los primeros occidentales en 1601. Los jesuitas, respondiendo a los anhelos científicos y musicales de los chinos, les enseñaron al mismo tiempo la superior sabiduría de la fe, al hacer resonar el precepto evangélico: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos» (Mt 28, 19). Y no hay murallas ni prohibiciones que puedan detener estas palabras... ✦

El silencio, fuente inagotable de armonía

Al apreciar el silencio exterior, obtendremos el silencio interior. Y en la armonía perfecta nacida de ambos, podremos escuchar la Palabra Eterna.

✠ Santiago Vieto Rodríguez



Silencio... quietud... Detengámonos un instante e imaginémonos en un lugar solitario donde la plenitud de la calma pueda penetrar mejor en nuestros sentidos: ya sea en la cima de una altanera montaña, a la vera de un acantilado brumoso azotado por las olas del mar, en la luminosidad de un desierto o en la delicadeza de un risueño bosque; escuchemos atentamente el susurro de las hojas meciéndose al viento, el murmullo de un arroyo cristalino y las sinfonías de las aves al amanecer; imaginemos, con oídos atentos, la lluvia que cae y resbala por las piedras; y, elevando con gratitud la mente al Creador de tantas maravillas, estaremos predispuestos a escucharlo.

Le invito ahora a entrar en un claustro milenario, donde los pasos de un monje resuenan lentamente en las arcadas hasta fundirse con la piedra. Poco después, en medio de la salmodia de los religiosos, oímos a lo lejos el argenteo tintineo de una campana que anuncia la

celebración de los sagrados misterios en una recogida iglesia, situada al final de un valle cubierto de nieve, en la que ya se ha congregado el pueblo orante.

Vivir momentos como éstos —libres de la barahúnda de los centros urbanos, de la extenuante monotonía de las máquinas, del estridente ruido de los motores y de la incesante contaminación acústica generada por nuestra sociedad enferma— se ha convertido en un lujo que, lamentablemente, pocos pueden permitirse.

Para el oído corporal, no existe el silencio absoluto. Incluso en un lugar completamente aislado de vibraciones externas, ese magnífico órgano, forjado por Dios para hacer posible la audición, delataría los más leves movimientos internos de nuestro cuerpo, incluyendo los latidos del corazón.

Entonces... ¿a qué nos referimos cuando hablamos de silencio?

Una forma de definirlo podría ser la agradable percepción, a través del

oído, de un ambiente ordenado, moderado y equilibrado, en el que todo sonido proviene de fuentes con ritmos y armonías en consonancia con la naturaleza humana, sin estridencias discordantes. Por esta razón, el más exótico trino de un canario no se percibirá como una agresión, sino como un perfecto complemento; a veces, incluso las imponentes voces del viento y del mar se unirán para ayudarnos a apreciar el silencio.

Nos cuenta el Evangelio que Jesús se retiraba al monte a orar a solas (cf. Mt 14, 23), porque «así decía el Santo de Israel: “Vuestra salvación está en convertiros y en tener calma, vuestra fuerza está en confiar y estar tranquilos”» (Is 30, 15).

El profeta Elías también aprendió que Dios no se manifiesta a sus siervos en la tormenta, ni en el fuego, ni en el terremoto, sino en el susurro de una brisa silenciosa (cf. 1 Re 19, 11-13), pues, como subraya el Eclesiastés, «las pa-



Santiago Veto

Claustro de la casa Lumen Prophetæ, Franco da Rocha (Brasil)

labras de los sabios son oídas en silencio» (9, 17 Vulg.). En la paz, entendida como la tranquilidad del orden, el hombre llega a adquirir el silencio interior, que consiste en el dominio de las pasiones.

También San Benito,¹ padre de la vida monástica en Occidente, enseñaba a valorar la quietud como forjadora de la humildad, afirmando que hay ocasiones en que las buenas palabras deben dejarse de lado, por amor al silencio, hasta que aprendamos, en la lucha, el refinado arte de no decir nada sino aquello que sea superior al silencio.

El amigo que nunca traiciona —según la bella expresión de la sabiduría oriental— no es el silencio nihilista, egocéntrico y estéril que algunos pretenden alcanzar. Porque el verdadero silencio resulta fecundo y más musical que cualquier melodía; de sus entrañas han surgido innumerables maravillas: predicadores, apóstoles, arquitectos, guerreros, poetas...

Quizá su versión más elocuente sea el canto de la Santa Iglesia, es decir, el gregoriano, «silencio armónico» por antonomasia, que, nacido del silencio de la contemplación, engendra un silencio aún mayor. Analizando sus sencillos y elevados melismas, emanación de almas que han alcanzado el silencio interior, se comprenderá lo que aquí se afirma.

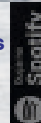
Aunque sea difícil escapar de la cacofonía que envuelve a la inmensa mayoría de la humanidad, hagamos lo que nos aconseja el salmo 37 y confiemos en el Señor, guardando silencio (cf. Sal 37, 14-16). De la paz que obtenemos en una vida interior bien

llevada, nacerán armonías capaces de silenciar el mal, arrojándolo a la oscura prisión que el Justo Juez le destina. Procuremos alejarnos del estruendoso alboroto de voces diabólicas y humanas que, como un río turbio y violento, amenazan con arrastrarnos; y bebamos del Silencio Absoluto, que es la Palabra Eterna. Océano de quietud, sabiduría profunda, incontables tesoros, gozo y paz infinita. «Sólo en Dios descansa mi alma, porque de Él viene mi salvación» (Sal 61, 2). ✠

¹ Cf. REGLA DE SAN BENITO, c. VI.



Accede a las bellezas
del canto gregoriano
desde tu dispositivo





Reproducción

Venid a mí y os daré la paz

Hijo mío, soy la Madre de la misericordia, con un corazón siempre lleno de compasión; soy la misteriosa escalera de los pecadores, soy la esperanza y el perdón de los culpables, soy el consuelo de las almas afligidas, soy la alegría y el gozo de los bienaventurados. Venid a mí, todos los que me amáis; venid y seréis

colmados de mis consolaciones. Venid, porque tengo piedad de todos los que me invocan; ¡venid a mí! Venid todos, justos y pecadores; venid, rogaré por vosotros a Dios Padre; rogaré también al Hijo eterno, mi Hijo, para que os perdone a todos por medio del Espíritu Santo.

Tomás de Kempis